

*Ab ipso ferro*

CONGRESO  
INTERNACIONAL  
DE POESÍA

**FRAY LUIS  
DE LEÓN**

*Salamanca 2018*



Diputación  
de Salamanca



*Ab ipso ferro*

CONGRESO INTERNACIONAL  
DE POESÍA  
FRAY LUIS DE LEÓN



*Ab ipso ferro*

CONGRESO INTERNACIONAL  
DE POESÍA  
FRAY LUIS DE LEÓN

SALAMANCA  
2018

SERIE: Lengua y Literatura, nº 45

- © Ilustraciones de portadillas: Florencio Maíllo
- © De los textos: Los autores
- © De las fotografías: Los autores

I.S.B.N.: 978-84-7797-559-5  
Depósito Legal: S. 233 - 2018

Diseño de cubierta: a.f. diseño y comunicación  
Maquetación: Intergraf

Impreso en España  
Imprime: Imprenta Valle  
Salamanca

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida total o parcialmente, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea mecánico, eléctrico, químico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

La Diputación de Salamanca no podía ser ajena a la realización en Salamanca de este Congreso de Poesía en 2018 que rememora el celebrado en 1953 en torno a la huerta de *La Flecha* en Cabrerizos.

En estas páginas, sentimos el respeto de quien abre precisamente la salutación de este encuentro, insigne participante en aquel otro, hoy una de las voces poéticas universales, que da fe de la memoria: «*Aquel Congreso tuvo mucho de homenaje a dos figuras eminentes de la poesía española: fray Luis de León y Miguel de Unamuno, asociados entonces a una dignidad moral y una conducta civil que sirvió de paradigma a los poetas reunidos en Salamanca*». Las palabras de José Manuel Caballero Bonald, Premio Cervantes, Premio Reina Sofía de Poesía, —entre otros importantes galardones que jalonan su obra— alimentan la naturaleza que sostiene el recuerdo histórico por una parte y la actualidad que en este verano de 2018 lo evoca también en nuestra provincia.

Estamos en un año en que la conmemoración del VIII Centenario de la Universidad de Salamanca incide en la consideración extraordinaria de la actividad cultural como factor social de nuestra sociedad. Por ello, no podía la Diputación de Salamanca sino acompañar con su actividad la edición que conmemora este encuentro de Poesía, como lo ha hecho también publicando el facsímil del Congreso Nacional de 1953 y ampliando la edición que el Padre Viñas ha realizado de su obra sobre Fray Luis de León. Son argumentos que, en definitiva, apoyan el esfuerzo para construir en Salamanca un referente de cultura, en el ánimo de consolidar los valores humanos en el respeto, la palabra y la razón de nuestra convivencia.

Javier IGLESIAS GARCÍA

*Presidente de la Diputación de Salamanca*



# Salutación a Salamanca

José Manuel CABALLERO BONALD

Hace ahora sesenta y cinco años que se celebró en Salamanca un Congreso de Poesía que supuso ciertamente una tácita y admirable propuesta de libertad creadora. En aquellos años lóbregos de la posguerra, cuando las imposiciones ideológicas y las atrofas culturales desmantelaban la convivencia, un grupo de poetas alzó su voz liberadora frente a tantas opresiones ambientales.

Aquel congreso tuvo mucho de homenaje a dos figuras eminentes de la poesía española: fray Luis de León y Miguel de Unamuno, asociados entonces a una dignidad moral y una conducta civil que sirvió de paradigma a los poetas reunidos en Salamanca. Todavía me pregunto cómo fue posible convocar, en medio de aquel infortunio histórico del franquismo, un cónclave de poetas de tan distinta procedencia y mentalidad, unidos por un común sentido de la tolerancia y la libertad de la cultura.

Yo —que soy seguramente el poeta más viejo de España— andaba por aquel entonces esbozando mis primeras tentativas literarias. Apenas había publicado un breve poemario y aún puedo sentir la emoción que me producía cursar en aquel congreso de Salamanca algunas memorables asignaturas poéticas. Supongo que fue entonces cuando asimilé unas lecciones humanas y literarias que me han servido de normas consecutivas.

Me gusta reiterar que mi palabra escrita reproduce obviamente mis ideas estéticas, pero también mi pensamiento moral, mi manera de ir buscando una salida al laberinto de la realidad. El prodigio instrumental del idioma me ha permitido verbalizar mi noción del mundo, y he procurado siempre que esa noción del mundo se corresponda con mi más irrevocable ideario. Como suele decirse, en mi poesía está implícito todo lo que pienso, y hasta lo que todavía no pienso.

Y una última reflexión. Creo honestamente en la capacidad paliativa de la poesía, en su potencia consoladora frente a los trastornos que pueda depararnos la historia. En un mundo asediado de tribulaciones y menoscabos a los derechos humanos, hay que reivindicar los nobles principios de la inteligencia, los métodos humanísticos de la razón. Ojalá que

de ese modo el pensamiento único quede finalmente desplazado por el pensamiento crítico. Desearía que algo de todo eso se planteara en este nuevo y oportuno congreso salmantino de poesía. Salud y saludos.

## EN TORNO A LA FLECHA



*Collage de fotografías de fray Luis de León y la Universidad de Florencio Maíllo.*



# LA FLECHA

Miguel DE UNAMUNO

## I. EL SENTIMIENTO DE LA NATURALEZA

A cosa de una legua larga de la ciudad de Salamanca, junto al viejo camino real de Madrid y a orillas del claro Tormes, se encuentra el deleitoso paraje de La Flecha, cuyo sosiego cantó el maestro fray Luis de León.

Los lugares cantados por excelsos poetas y en que éstos pusieron el escenario de sus perdurables ficciones son tan históricos como aquellos otros en que ocurrieron sucesos que hayan salvado los mares del olvido. Los famosos campos de Montiel no evocan más el fratricidio de Enrique de Trastámara que las hazañas de Don Quijote. ¿Y es que tiene acaso para nosotros el rey bastardo mayor realidad que el ingenioso hidalgo manchego? Las ruinas de Itálica no son sugestivas e históricas sino merced a aquel canto estupendo que las perpetuará en la memoria de las gentes mientras la lengua castellana dure.

Si en España hubiese entrañable cariño al tradicional consuelo de nuestra poesía, serían los lugares que inspiraron a nuestros poetas y los que éstos de cualquier modo consagraran, términos de visita, como lo son en otros países los lugares allí poetizados. Ningún amante de nuestra lírica dejaría de visitar, una vez en Salamanca, el rincón apacible de La Flecha, como ningún amante de la lírica inglesa deja de visitar, así que se le ofrezca ocasión propicia, aquel río Duddon al que cantó el dulcísimo Wordsworth.

Debe, además, atraer a esa sosegada orilla del Tormes, a todo amante de las letras castellanas, una especialísima circunstancia, cual es la de haber sido cantada por un ingenio que parece como reconcentrar en sí y monopolizar uno de los sentimientos más raros en la castiza literatura castellana: el sentimiento de la Naturaleza.

Ofrécesenos en general este pueblo como pueblo urbano y guerrero, sin clara conciencia de la hermosa soledad de la austera llanura que lo sustenta. Recogido en ciudades y poblados donde se defendía y amparaba de las incursiones del moro y de los contrapuestos rigores de la intemperie, desarrolló en su espíritu sentimientos sociales de viril independencia y de anárquica altivez, mas no fue a bañarlo en la calma sedante de la reposada campiña que ante él se desplegaba serena y seria. Su campo fue campo de labor y de batalla, al que la lucha de ocho siglos no le dio bastante tregua para mirarlo con ojos de paz y de sosiego. Y así vemos que lo culminante en su literatura es el teatro, en cuyas tablas y al aire libre no pocas veces, juegan las pasiones sus conflictos y el hombre y sus actos lo absorben todo.

Cierto es que en ninguna de nuestras literaturas es muy antigua la acabada expresión del sentimiento de la Naturaleza, hasta tal punto que haya podido decirse de él que es sentimiento moderno; pero tampoco cabe negar que aun dentro de la casi inconciencia con que en pasados tiempos se ofrecía, estaba en España más oculto, por lo menos, que en otros pueblos, y como más ahogado y cohibido.

No es de creer, sin embargo, que el sentimiento de la Naturaleza sea de florescencia moderna. Lo moderno será, en todo caso, su expresión más adecuada y trasparente, su revelación tal vez, el que hayamos llegado a darnos cuenta de él despertándolo. En el labriego que mira con amor su terruño duerme ese sentimiento, sofocado en gran parte por los cuidados y ansiones que le inspira la fuente de su material sustento, pero no se muestra al mismo que lo abraza, como lo hace en el poeta, que libre de la pesadilla económica en tal respecto, contempla al campo como lo contempla un hijo y no un esclavo, bajo la apariencia de dueño, de la tierra. Hasta que el hombre no se emancipe de su madre material, la tierra, que le rechupa sudor y sangre; hasta que no se sacuda de las cadenas con que la Historia le ha adscrito a la gleba; hasta que no movilice la propiedad territorial y haga de la agricultura una libre industria; hasta tanto no llegará a ver por completo el campo con ojos de alma, que bebe su reposo y en su sosiego se mete, no la llegará a ver como a madre, y no cual hoy, como

madre en el parto, en el querer madrastra.

Pero tampoco llegaría nunca a sentir la hermosura del campo si no hubiese tenido antes que luchar con él para arrancarle el pan de que se nutre, regándole con el sudor de su frente.

La belleza es ahorro de utilidad, y el deleite con que la campiña nos regala no es debido en la última inquisición a otra cosa más que a la oscura reminiscencia subconsciente del alivio que en sus necesidades le debieron nuestros remotos padres y los padres de ellos en rosario de innumerables generaciones. El intenso gozo animal que experimenta el pobre salvaje sediento al dar con una fuente, y el sobresalto de alegría de la carne toda, que al oír a lo lejos su murmullo le produce, acaba por convertirse, con el rodar de los siglos, en purísima sensación estética, desligada ya en nuestra conciencia de su utilitario origen. El deleitoso esponjamiento espiritual con que nos regala el ver caer lentamente, cual si se derritiera el cielo sobre la tierra, el extenso manto de la lluvia, a cuyo recibimiento parece dilatarse la llanura, dando luego, como en expansión de gozo y en hacimiento de gracias, más penetrantes sus aromas. ¿Es tal deleite nuestro otra cosa que el eco en nuestras conciencias del interesado y carnal placer con que el pastor se deja empapar en agua bendita del cielo, que le regala una brizna de rica hierba de pasto por cada hebra de lluvia de riego? Así es como el sentimiento estético de la Naturaleza, nacido del agradecimiento a los favores que nos hace, sólo se perfecciona y acaba a medida que nos hacemos dueños de esos favores mismos, de los que antes éramos esclavos.

La tierra ha hecho al hombre, y haciéndole le ha ganado el corazón; mas este amor, interesado y terreno, sólo se purga y se convierte en limpio amor a la belleza a proporción que el hombre, hecho por Dios de la tierra, hace a ésta con su arte obra de sus manos y de sus agotadoras caricias se desprende. Cuando sea la tierra por entero obra del hombre hallará éste la utilidad de aquélla, reflejada en belleza y a belleza reducida.

Rindieron culto los antiguos a la Tierra Madre, a Demeter, y todas las mitologías la han ensalzado, hermoseándola con sus ficciones. Simbolizaron en héroes a los que desecaron pantanos, roturaron baldíos, plantaron huertos y enseñaron a labrar los campos. Los más de los hazañosos trabajos de Hércules fueron agrícolas. Poco a poco ha ido el hombre convirtiendo a la Naturaleza en habitación suya, haciéndola más humana, humanizándola. Y a la par su trato con ella, el continuo roce, ha ido acercándole a ella más y más, enseñándole a mirarla con amor; naturalizándose, en fin.

Así es como concurren a conculcar el hombre, humanizando con su labor a la Naturaleza, y ésta, naturalizando de rechazo y como en pago al hombre, y así es como nos hacen vislumbrar el ideal de un hombre enteramente natural en comunión íntima con una naturaleza, a la que

podamos llamar ya humana. Y ¿es acaso en el fondo este ensueño algo que no sea un trasunto del perfecto cristiano, en quien la gracia se hace naturaleza, y la naturaleza, gracia? El sentimiento mismo de la Naturaleza ¿no es acaso en rigor un sentimiento cristiano? Dormitaba en el alma pagana, como dormitaba el cristianismo en ella; pero no llegó a despertarse y empezar plena vida hasta que, libertándose el hombre, por la gracia de Cristo del pecado original, se desligó de los enervadores brazos con que la Naturaleza le retenía, y así, desligado, pudo mirarla frente a frente.

Muy rudamente tenían los castellanos que labrar sus llanuras y sacar de ellas con qué sostenerse en la lucha por conservarlas para que pudieran detenerse a dejarse emparar de su hermosura. Mas no por esto hemos de decir que no la sintieran.

En no pocas obras de la más genuina literatura castellana se siente el campo de Castilla, aun cuando no esté en ellas expresado. Es como fondo oculto, cual profundo tono armónico, que sostiene a la abierta melodía. Sólo dejando que nos embeba el espíritu, el alma del vasto páramo castellano, se revive a Segismundo y se recogen con fruto las encendidas aspiraciones místicas de santa Teresa o de san Juan de la Cruz.

Este sentimiento castellano de la Naturaleza llega en fray Luis de León a cobrar conciencia de sí y a revelarse, expresándose en forma limpidísima y trasparente. No fue el ceñudo páramo el que le atrajo; no fue la llanada adusta, campo de combates, sino que fue un tranquilo rincón a orillas del Tormes; fue un refugio de verdura y de sosiego, un asiento de paz. Con el amor a la paz se aunó y casi se confundió en su espíritu el amor al campo. Su escondido huerto de La Flecha, al abrigo de unas escotaduras y al arrimo del sosegado río, fue el retiro, en que se apartó de los sinsabores de enconadas disputas en aquel siglo, de más estruendo que justicia. Allí, tendido con sus compañeros en el soto de una isla, a la que el Tormes abraza, cual los discípulos de Platón en los jardines de Academo, sostuvo aquellos diálogos de *Los nombres de Cristo*, y allí cantó a la armonía y a la paz.

¿Qué amante de nuestras letras dejará de visitar, si a Salamanca llega, el rincón de La Flecha?

## II. EL PARAJE

De ninguna parte, en los alrededores de la ciudad de Salamanca, se abarca paisaje más espléndido que desde el alto del Rollo. Tiéndese a la vista hacia el naciente y más allá del río, una extensa llanura, de suaves y amplias ondulaciones, quebradas por tal cual teso, como el del Carpio y los famosos Arapiles; llanura que semeja vastísimo tapiz, abigarrado de retazos, ya verdes, ya rojizos, ya azulados. Quiebra el horizonte la sierra de Gredos, como si el llano, al acabarse se alzara al cielo en gigantesca oleada de espuma petrificada.

De allí, del alto del Rollo, arranca el antiguo camino real de Madrid, hoy abandonado, paralelo al río. Siguiéndole gozan de gran plenitud de aire el pecho y la vista de una inmensa campiña abierta, cuya amplitud absorbe. A un lado corre el Tormes, limitando la llanura, y al otro se alzan, a poco de perder de vista a la ciudad, los cortes y arribes, en que se quiebra la meseta de la Armuña. Los escarpados que el talud de esta quebradura forma muestran, resquebrajadas de sed, gredosas capas, estratos que al asentarse dejó algún mar lento de las prístinas edades del planeta. En avanzando se llega a perder de vista la meseta cuando el camino se hunde, cortando entonces el azul del cielo la arista limpia en que su talud termina. A la derecha del caminante fluye el Tormes con imperceptible curso, lamiendo la tierra y formando en la arenilla de su lecho alfaques de finos perfiles; alfaques que, convertidos a las veces en islotes, fingen pajizos témpanos, varados en las aguas.

En el seno mismo del río, y en uno de estos islotes, crece un árbol, solitario y escuálido, que parece bañar sus pies en la tranquila corriente. Se alzan en las márgenes cortinas de espigados álamos, lánguidos y derechos, infundiendo al que los contempla la sensación de sencillez suprema que este humilde árbol produce. Porque es el pobre álamo de las orillas un árbol que parece encarnar en el paisaje el espíritu de aquellos «primitivos», que pintaron la gloria con los matices del alba; es un árbol que tiene algo de dulce rigidez litúrgica. La grave encina, vestida siempre e inmóvil, se esparce por la llanura, mientras el álamo se recoge junto a los ríos, riberas y regatos, mirándose en las aguas cómo tiembla al aire.

A la hora y media de caminata se llega a La Flecha, donde el maestro León puso la escena de aquellos preñadísimos diálogos de *Los nombres de Cristo*.

«Era por el mes de junio, a las vueltas de las fiestas de San Juan, a tiempo que en Salamanca comienzan a cesar los estudios, cuando Marcelo,

el uno de los que digo, después de una carrera tan larga como es la de un año en la vida que allí se vive, se retiró como a puerto sabroso a la soledad de una granja, que como usted sabe, tiene mi monasterio en la ribera del Tormes, y fuéronse con él a hacerle compañía, y por el mismo respecto, los otros dos.

»Adonde habiendo estado algunos días, aconteció una mañana, que era la del día dedicado al apóstol san Pedro, después de haber dado al culto divino lo que se le debía, todos tres juntos se salieron de la casa a la huerta, que se hace delante de ella. Es la huerta grande, y estaba entonces bien poblada de árboles, aunque puestos sin orden; mas eso mismo hacía deleite en la vista, y sobre todo la hora y la sazón. Pues entrados en ella, primero y por un espacio pequeño se anduvieron paseando y gozando al frescor, y después se sentaron juntos a la sombra de unas parras, y junto a la corriente de una pequeña fuente, en ciertos asientos. Nasce la fuente de la cuesta que tiene la casa a las espaldas, que entraba a la huerta por aquella parte, y corriendo y estropezando parecía reírse. Tenían también delante de los ojos y cerca de ellos una alta y hermosa alameda. Y más adelante y no muy lejos se veía el río Tormes, que aun en aquel tiempo, hinchendo bien sus riberas, iba torciendo el paso por aquella vega.

»El día era sosegado y purísimo, y la hora, muy fresca. Ansí que sentándose y callando por un pequeño tiempo, después de sentados, Sabino (que ansí me place llamar al que de los tres era el más mozo), mirando hacia Marcelo y sonriéndose, comenzó a decir ansí: “Algunos hay a quien la vista del campo los enmudece, y debe ser condición de entendimiento profundo; mas yo, como los pájaros, en viendo lo verde, deseo o cantar o hablar”».

Rompió allí el maestro León a cantar, y allí más que en ninguna otra parte revivió el espíritu horaciano, cantando la descansada vida del que huye del mundanal ruido, recogido de la tempestad del mundo en aquel secreto seguro y deleitoso.

Allí le despertaban las aves, con su cantar sabroso, no aprendido; allí vivía consigo mismo, gozando del bien que debía al cielo.

Del monte en la ladera  
por mi mano plantado tengo un huerto,  
que con la primavera  
de bella flor cubierto  
ya muestra en esperanza el fruto cierto.

En la ladera del monte, del escarpado o arribe más bien de la meseta, quedan los restos de aquel huerto; allí sigue murmurando la fontana pura, que se esconde hoy entre juncos. Es una recogida veguilla en un anfiteatro de escarpes. Una serena calma posa en la sencilla pobreza de aquel paisaje. Aún se alza un sotillo de álamos al abrigo de las laderas, y sobre todo ello se cierne la melancolía del abandono, adivinándose por donde quiera que hubo un tiempo en que la mano humana ejerció allí su más pacífico oficio.

La vía férrea corta la antigua granja de los agustinos. Cerca ya del río, en su orilla misma, y convertida hoy en alquería de labor, se levanta la casa en que aún queda la antigua capillita, destinada al presente a despensa de embutidos<sup>1</sup>. De allí se abarca una vista de paz, un espectáculo de serenidad. Frente a la alquería y en el río mismo se levanta una pintoresca aceña, que comunica con una isleta.

En esta isleta puso el maestro León el escenario de aquellos dulcísimos diálogos en que vertió más que en ninguna otra de sus obras la miel sabrosa de su doctrina. Cuando la fuerza del calor comenzaba a caer «saliendo de la granja y llegados al río que cerca dellos corría, en un barco, conformándose con el parecer de Sabino, se pasaron al soto, que se hacía en medio de él, en una como isleta pequeña, que apegada a la presa de unas aceñas se descubría.

»Era el soto aunque pequeño espeso y muy apacible, y en aquella sazón estaba muy lleno de hoja entre las ramas que la tierra de suyo criaba tenía también algunos árboles puestos por industria, y dividíale como en dos partes un no pequeño arroyo que hacía el agua que por entre las piedras de la presa se hurtaba del río y corría cuasi toda junta. Pues entrados en él Marcelo y sus compañeros y metidos en lo más espeso dél y más guardado de los rayos del sol junto a un álamo alto que estaba cuasi en el medio, teniéndole a las espaldas, y delante los ojos la otra parte del soto, en la sombra y sobre la yerba verde, y cuasi juntando los pies al agua, se sentaron».

¡Qué recogida dulzura la de ir hoy al soto aquel a empaparse en la entrañable poesía de *Los nombres de Cristo*, reposando de vez en cuando el espíritu y como apacentándolo en la contemplación del paisaje que de allí se

---

1 Esto fue escrito hace ya unos años. El actual dueño de La Flecha, el señor Conde de Cabrillas, movido de un laudable celo, se propone arreglar algo el lugar, y en adelante no servirá de despensa el oratorio en que fray Luis se recogiera.

coge! ¡Qué retiro para mamar la dulcísima y nutritiva leche de doctrina de la más encumbrada obra filosófica escrita en lengua castellana!

Hacia el Poniente y a través de los álamos que bordan las orillas de la isleta se distingue en lontananza a la ciudad, como un relieve de la lejanía. Domínala la silueta del vasto macizo de la Catedral nueva; a un lado el obtuso bulto de San Esteban, convento de dominicos; al otro la gran fábrica de la Clerecía, que semeja un inmenso murciélago con las alas plegadas — tal fingen sus dos torres flanqueando la espadaña barroca de su fachada —, y más apartada la cúpula airosa de las Agustinas. Aquel lejano relieve que a modo de escrescencia del terreno se tendía entre la plata del agua y la del cielo la última vez que lo vi, al caer de una tarde serena, aumentaba de gusto la paz de sentirse fuera de la ciudad. Hacia el naciente cierran la vista secas vertientes que ostentan sus estratos, la pared rojiza de la meseta sobre que se asienta Cabrerizos.

Al Norte se tiende, arrancando de las arenas del río, la llanura plácida que sube como el mar parece subir visto desde la orilla, coronada en el horizonte, en alta tierra, por la limpia sierra, cual costa de otro mundo.

Es un paisaje modesto, casi pobre, sencillísimo, lírico a la vez, sin exuberancias ni esplendideces deslumbradoras, con aire purísimo y extensión vasta, con ámbito trasparente. Parece la tierra un mero soporte del cielo; es el paisaje en que mejor se comprende que se fusionaran en el alma del maestro León el humanitarismo y la mística, Horacio y el Areopagita.

El río tranquilo, los álamos que le bordan y en él se miran espejados, la sierra que en el fondo se alza, rompen la monotonía ceñuda de la llanada. Sin ser un típico paisaje castellano, es una revelación de la dulzura que el adusto páramo guarda aún en sus entrañas.

En aquel deleitoso rincón de La Flecha, junto al claro Tormes que marcha tan lento que parece gozar durmiéndose, aprendió fray Luis la alegre desnudez de la pobreza y el gozo de la resignación, y allí fue donde mejor le aleccionó el cielo espléndido en la armonía de los mundos con la dulce sinfonía de las puras líneas de aquel paisaje de sencillez paradisiaca, a que reviste de castísimos colores. Tendido el poeta en las márgenes del río, frente a la cortina de álamos de la orilla opuesta, y viéndola cual a friso burilado en el cielo que en las puras aguas parece continuarse, acabaría por sentir a la tierra en que yacía cual a mero ropaje del espacio, penetrando así en lo más hondo de aquella enseñanza de que la «vida es sueño». ¡Qué dulce soñar el de aquella vida! ¡Qué dulce vida la de aquel soñar!

Allí, contemplando el vasto cielo, fue donde debió de haber soñado fray Luis con más ahínco en el reino de la paz eterna, su constante anhelo; allí, contemplando lejos la ciudad donde el siglo le movió guerra y le trató con prisiones y sinsabores, fue donde meditó en la miseria de la ley de la guerra, y donde trazó aquel luminoso cuadro del gobierno pastoril y donde elevó aquel soberano himno a la paz, himno que hinche las más preñadas páginas de *Los nombres de Cristo*.

### III. LA PAZ DEL CAMPO

Una íntima calma parece desprenderse de la campiña que, en La Flecha rodea al Tormes, a la par que desde el cielo purísimo desciende al alma fecundante lluvia de paz. El silencio mismo que allí impera canta paz y a la paz bendice la soledad del sitio. Allí el maestro León se hartaba de campo, escuela viva de paz y de paz gozaba allí como en ningún sitio.

Media una íntima relación entre el amor que fray Luis profesó a la campiña y el amor ardiente con que amó a la paz, como hay íntimo enlace entre el soplo guerrero que movió durante siglos al espíritu castellano y la sequedad de éste frente a la hermosa sencillez de las vastas llanuras en que desplegaba sus hazañosas empresas.

Era para el maestro León la reposada campiña escuela de amor puro y verdadero, la tierra toda «morada de grandeza, templo de claridad y de hermosura».

Sólo desde el campo cabe penetrar en toda la sublimidad de la vasta llanura de los cielos; sólo desde el paisaje adquieren su más acabada significación los simbólicos celajes; sólo el verde de los campos da su preñado sentido al rosa de las almas y al azul de los espacios.

Allí, en La Flecha, rompía como los pájaros a cantar en viendo lo verde, y de la callada música de aquella amplia vestidura del espacio recogió la dulcísima melodía de sus cantos. Regalada música eran para su alma los perfiles puros de la lejana sierra, la argéntea capa que hasta el verano la reviste, el cristal de las aguas, la resignada sencillez de los álamos..., música de líneas, de formas y de colores que hacía que a su divino son tornara el alma

...a cobrar el tino  
y memoria perdida  
de su origen primera esclarecida.

Allí iba a reponerse de las fatigas de su magisterio, labor también de pacífico combate esta del magisterio, e iba a recobrar salud, «que es un bien que consiste en proporción y en armonía de cosas diferentes y es como música concertada que hacen entre sí los humores del cuerpo».

Para él fue Cristo ante todo Pastor. «La vida pastoril es vida sosegada y apartada de los ruidos de las ciudades y de los vicios y deleites dellas. Es inocente así por esto como por parte del trato y granjería en que se emplea. Tiene sus deleites, y tanto mayores cuanto nascen de cosas más sencillas y más puras y más naturales: de la vista del cielo libre, de la pureza del aire, de la figura del campo, del verdor de las yerbas y de la belleza de las rosas y de las flores». [...] Puede ser que en las ciudades se sepa mejor hablar, pero la fineza del sentir es del campo y de la soledad. Y a la verdad los poetas antiguos tanto con mayor cuidado atendieron mucho a huir de lo lascivo y artificioso de que está lleno el amor que en las ciudades se cría, que tiene poco de verdad y mucho de arte y torpeza. Mas el ánimo pastoril, como tienen los pastores los ánimos sencillos y no contaminados con vicios, es puro y ordenado a buen fin, y como gozan del sosiego y libertad de negocios que les ofrece la vida sola del campo, no habiendo con él cosa que los divierta, es muy vivo y agudo. Y ayúdales a ello también la vista desembarazada que de continuo gozan, del cielo y de la tierra y de los demás elementos, que es ella en sí una imagen clara, o por mejor decir, una como escuela de amor puro y verdadero. Porque los demuestra a todos amastados entre sí y puestos en orden y abrazados, como si dijésemos, unos con otros, y concertados con armonía grandísima, y respondiéndose a veces y comunicándose sus virtudes y pasándose unos en otros, y ayuntándose y mezclándose todos, y con su mezcla y ayuntamiento sacando de continuo a luz y produciendo los frutos que hermocean el aire y la tierra».

Después de este estupendo cuadro de la armonía, alma de la paz y madre de sus frutos, explícanos el maestro cómo es el oficio pastoril la mejor escuela de gobierno: «Porque su gobierno no consiste en dar leyes ni en poner mandamientos, sino en apacentar y alimentar a los que gobierna». El pastor administra por sí solo lo que a su grey le conviene: «él la apasta y la abreva y la baña y la trasquila y la cura y la castiga y la reposa y la recrea y la hace música y la ampara y defiende. La vida del pastor es inocente y sosegada y deleitosa, y la condición de su estado es inclinada al amor, y su ejercicio es gobernar dando pasto y acomodando su gobierno a las condiciones particulares de cada uno y siendo él solo para los que gobierna todo lo que les es necesario y enderezando siempre su obra a esto, que es hacer rebaño y grey».

Cantó el maestro León al campo y como a genuino hombre del campo, al pastor, al pastor errante que se enseñorea de la tierra, no al labrador que, esclavo del terruño, la ara.

La vieja historia nos la cuenta el Génesis (capítulo IV, 2 a 7): «Fue Abel pastor de ovejas y Caín fue labrador de la tierra. Y aconteció andando el tiempo que Caín trajo del fruto de la tierra una ofrenda a Dios y Abel trajo también de los primogénitos de sus ovejas y de su grosura. Y miró Dios con agrado a Abel y a su ofrenda; mas no miró propicio a Caín y a la ofrenda suya. Y ensañose Caín en gran manera y decayó su semblante. Entonces Dios dijo a Caín: ¿Por qué te has ensañado? ¿Por qué se ha inmutado tu rostro? Si bien hicieres, ¿no serás ensalzado?, y si no hicieres bien, el pecado está en la puerta. Con todo esto a ti será su deseo y tú te enseñorearás de él». El pastor que guía sus rebaños por las extensas praderas lo espera todo del cielo: de la gracia de Dios; el labrador que suda sobre la tierra y la desgarrar el seno estima el sol y la lluvia como debida recompensa a sus afanes. Tal vez por esto fue más grata a Dios la ofrenda del que sólo esperó en su gracia.

Y aconteció que estando el labrador y el pastor en el campo, «Caín se levantó contra su hermano Abel y le mató». Escusose luego diciendo al Señor: «¿Soy yo acaso guarda de mi hermano?». Y Dios le dijo: «¿Qué has hecho? La voz de la sangre de tu hermano clama a mí desde la tierra. Ahora, pues, maldito tú de la tierra que abrió su boca para recibir la sangre de tu hermano de tu mano». Y le mandó errante y extranjero. Y fue Caín el labrador y el primer fraticida quien primero edificó una ciudad, la ciudad de Henoc, mientras discurrían los pastores por las vastas praderas asentando dondequiera sus movibles tiendas. Fue el labrador fraticida quien primeramente acotó la tierra para hacer morada estable y de ella ciudad.

Corrieron los siglos, vino el Cristo y pastores le adoraron al nacer mientras los ángeles cantaron gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz, y en la ciudad, a cuyos hijos quiso tantas veces en vano reunir como reúne la gallina bajo sus alas a los polluelos, en la ciudad fue donde le dieron muerte afrentosa.

¡Pueblos pastores que pasan sobre la tierra! ¡Pueblos labradores que se agrupan en torno a las ciudades! ¡Eterna dualidad de la historia humana! Seguid a un pueblo pastor, hecho a vivir sobre la tierra y no adscrito a ella, y le veréis que cuando los demás pueblos le aprietan y confinan, cuando el campo de pasto se reduce y no le queda a donde trashumar,

antes de encorvarse a guiar el arado, se vierte por sobre los demás pueblos haciéndose mercader e intermediario entre ellos, verdadero pastor de hombres. Son tal vez estos, los que no se han sujeto al arado, los que han de revelar la hermosura del campo.

«Vive en los campos Cristo —dice el maestro León— y goza del cielo libre, y ama la soledad y el sosiego, y en el silencio de todo aquello que pone en alboroto la vida tiene puesto él su deleite, porque así como lo que se comprende en el campo es lo más puro de lo visible y es lo sencillo y como el original de todo lo que de ella se le repone y se mezcla, así aquella región de vida adonde vive aqueste nuestro glorioso Bien, es la pura verdad y la sencillez de la luz de Dios y el original expreso de todo lo que tiene ser y las raíces firmes de donde nacen y adonde estriban todas las criaturas. Y si lo tenemos de decir así, aquellos son los elementos puros y los campos de flor eterna vestidos y los mineros de las aguas vivas y los montes verdaderamente preñados de mil bienes altísimos y los sombríos y repuestos valles, y los bosques de la frescura, adonde exentos de toda injuria, gloriosamente florecen la haya y la oliva y el linaloe con todos los árboles del incienso, en que reposan ejércitos de aves en gloria y en música dulcísima que jamás ensordece».

El campo es aquí abajo, según el maestro León, el más fiel, aunque debilísimo trasunto, del «alma región luciente, prado de bienandanza».

¡Oh campos verdaderos!  
 ¡Oh prados con verdad frescos y amenos!  
 ¡Riquísimos mineros!  
 ¡Oh deleitosos senos,  
 repuestos valles, de mil bienes llenos!

Allí, en medio de la paz del campo, elevó al limpio cielo aquel himno soberano a la paz que irrumpió de los sosegados diálogos que con sus hermanos sostenía en el soto de la isla de La Flecha.

Cuando tornaba a la ciudad, herencia de la obra del fraticida, eran sus almenadas murallas lo primero con que tropezaban sus ojos, con aquel ceñidor de piedra con que el genio de la guerra, de Caín, la apretaba. Y allí dentro, en el murado recinto, en el aire cargado de ajenos alientos y de vaho de concupiscencias, respiraba rencores de odios y enconadas disputas y querellas y sentía vibrar en el ambiente los ecos de las luchas de los bandos que ensangrentaran en un tiempo las calles de la ciudad.

Ni en el refugio del convento gustó de paz en la ciudad, cuyas cárceles le habían tenido de huésped.

Parecen en perdurable lucha las ciudades y las campiñas. En aquéllas residen por lo común los que poseen y explotan los acotados predios; desde sus urbanas guaridas se los disputan, negocian y reparten. Intereses ciudadanos llevan de tiempo en tiempo la agitación al campo y meten a sus hijos en guerras y en rencor.

¡Cuándo será el día en que el alma del campo libre se tienda por las ciudades reduciéndolas a islotes en el verde mar del campesino sosiego y el cielo que por igual los cubre los una en la santa paz! ¡Cuándo será el día en que, rotas las cadenas que aún atan a la tierra al humano linaje, peregrine éste por ella como grey que sobre el prado pasa! ¡Cuándo será el día en que se realice el sueño de paz del maestro León y se unan los hombres bajo el campo del cielo y bajo el dulce cayado del divino Pastor!

Publicado en *El Noticiero Salmantino*, 1898 (números 106, 107, 108, 110 y 111) y recogido en el libro *Paisajes*, 1902.



# La quinta agustiniana de La Flecha

Teófilo VIÑAS ROMÁN, agustino

Entre las fincas rurales que poseía la comunidad del célebre convento de San Agustín de Salamanca sobresalía la que llevaba por nombre La Flecha. Huerta, granja, aceñas, tierras de sembradío, pastizales para los animales, lugar de descanso de los frailes en tiempo de vacaciones... Todo eso y mucho más era aquella hermosa finca, sita a la vera del Tormes y a cerca de ocho kilómetros de Salamanca. Descrita y cantada poéticamente por fray Luis de León y por otros ilustres moradores del convento agustiniano, se iba a convertir, además, en «topos sagrado» de la literatura española.

Hoy, sin embargo, casi todo lo que allí existía ha desaparecido y quienes llegan a Salamanca y se acercan a La Flecha, sin saber que aquellos lugares fueron arrebatados a sus antiguos dueños, los frailes, hace casi dos siglos y puestos a subasta por los poderes públicos, sus primeros compradores y, sobre todo, sus sucesores se preocuparon muy poco de conservar todo aquello que había hecho de ella un «locus amoenus». Valga una anécdota personal: hace algunos años pude experimentar la profunda desilusión de un significado personaje, al que hube de acompañar en su visita a La Flecha. Esperaba él contemplar y sumergirse gozosamente en los bellos parajes descritos y cantados por el autor de *Los nombres de Cristo*. «¡Qué pena!» era la expresión que brotaba espontánea una y otra vez. También a mí me llenaba de tristeza todo aquello.

Aún más: después de muchos años he vuelto a La Flecha, acompañando a un grupo de jóvenes estudiantes, la mayor parte de ellos extranjeros, y allí he revivido con dolor la última salvajada, cometida por otros jóvenes que, llevados no sé si del odio o acaso por el simple placer de destruir, han profanado y convertido en ruinas el último recuerdo entrañable de fray Luis, la capilla que llevaba su nombre, así como también el anejo panteón del duque de Aveiro, restaurador de la citada capilla en 1904. No pude resistir ante lo que estaba viendo y al día siguiente escribí un artículo que fue publicado en *La Gaceta de Salamanca* el 31 de marzo de 2015. Sólo quiero recordar su título: «Hoy lloraría fray Luis de León por su Flecha». Puedo confesar que a mis ojos se asomaron también las lágrimas.

\*\*\*

## ORÍGENES HISTÓRICOS

Hay que remontarse al año 1451, cuando fray Pedro de Monroy, en la víspera de su profesión religiosa, hacía cesión de su herencia a favor del convento de San Agustín de Salamanca<sup>1</sup>. Era fray Pedro de Monroy hijo de Inés López y Álvaro Rodríguez de Monroy, una de las familias salmantinas más nobles y ricas de Salamanca y también responsable de las luchas, tristemente célebres, de los Bandos. Sin embargo, las crónicas del convento agustiniano de Salamanca hablan de fray Pedro como de un religioso ejemplar, compañero inseparable de san Juan de Sahagún en sus predicaciones fuera de la ciudad. Probablemente, también él debió de tener mucho que ver con la firma de las paces en 1476, obra en la que tuvo especial protagonismo el Santo Pacificador<sup>2</sup>.

Entre los bienes que, por herencia familiar, correspondían al hijo de doña Inés y don Álvaro, y de los que él hacía beneficiaria a la comunidad agustiniana, estaban unas fincas —tres extensas viñas y una frondosa alameda— situadas en el término de Ribas, pequeña población hoy desaparecida. Y aunque no estaban de acuerdo ni doña Isabel ni sus otros hijos en la cesión de aquellos bienes al convento, sin embargo, acabaron firmando el 18 de octubre de 1462, ante el escribano de Salamanca Pedro Ordóñez, el documento que otorgaba la propiedad de «los bienes de fray Pedro» al convento de San Agustín, en la persona de su prior, fray Juan de Salamanca, miembro de otra noble familia salmantina, la de los Paces.

Años más tarde —en 1484— habrá una nueva adquisición por parte del convento de una aceña y otras tierras aledañas a La Flecha. Viene expresada así en los *Protocolos* del P. Antonio de Solís, religioso de la comunidad agustiniana de Salamanca:

La posesiõ de la aceña de la frecha y de sus tierras (por stº. aug.in) año de 1484. es el escriuano martin sanchez rruano vezino de sal.ca tomose esta posesiõ por el padre fray martin de espinosa prior de stº aug.in a veinte y dos dias del mes de março año de 1484<sup>3</sup>.

Esta aceña es la misma de la que aún se conservan sus graníticos muros; en uno los cuales todavía luce el emblema de la Orden Agustiniana

---

<sup>1</sup> Cf. Manuel Vidal, *Augustinos de Salamanca. Historia del observantísimo Convento de san Agustín de dicha Ciudad*, Salamanca, 1751, t. I, p. 25.

<sup>2</sup> Cf. T. Cámara, *Vida de San Juan de Sahagún*, Real Monasterio de El Escorial, 1925, pp. 91-96.

<sup>3</sup> Estos *Protocolos* están publicados en *Archivo Histórico Hispano-Agustiniano*, vol. V (1916), p. 166.

«un corazón travesado por una flecha». Sobre estos muros, hace muchos años, sus dueños levantaron un chalet que, inconcluso, contribuye a aumentar la sensación de abandono y ruina del lugar.

A las referidas fincas se agregó, el 22 de abril de 1496, por veinte reales de plata castellanos, una cuarta parte de la viña del abad y Cabildo de Santo Domingo de Pedrarias en el citado término de Ribas, «cabe las alamedas de La Flecha» de que eran linderas, de una parte, la viña que ya tenía el convento, y de la otra, las tierras de don Alonso de Tejada<sup>4</sup>.

A partir de 1516 habrá nuevas adquisiciones de tierras, cuyos dueños eran los herederos del citado don Alonso de Tejada. Entre ellas, estaba el «soto» (la famosa «isleta» citada por fray Luis de León en *Los nombres de Cristo*), perteneciente a Marina Pérez. De su posesión nos dará cuenta el ya citado libro de los *Protocolos* en estos términos:

Posesio de la frecha por st<sup>o</sup>. aug.in / año de 1522 / a 27. de setiembre / es el escriuano. fernâ correa. vezi.o de sal.<sup>a</sup> / esta es una continuacio de posesio que hicieron fray geronimo ximenez y fray lorenço del valle. y tomo posesion fray geronimo. del soto de marina perez, q. es al cabo de la pesquera de la aceña de marina perez<sup>5</sup>.

Siendo prior del convento salmantino fray (santo) Tomás de Villanueva, por escrituras firmadas el 6 de enero y el 29 de abril de 1525, se adquirieron varias fincas colindantes con La Flecha<sup>6</sup>. Y aún habría pequeñas adquisiciones en los años siguientes, lo que haría de La Flecha, a mediados del siglo XVI, la más importante de las posesiones rurales del convento de San Agustín. Sus productos — agrarios, ganaderos y pesqueros — fueron básicos en la economía de la comunidad agustiniana, además de servir de estancia de reposo para los religiosos en períodos vacacionales de verano.

En 1750 el ecónomo de la comunidad, Fr. Juan Pedroso, en un documento labrado para solicitar la reducción de las contribuciones que pesaban sobre las diversas fincas que conformaban La Flecha, nos ofrece esta curiosa descripción de la huerta y su entorno más cercano, que era, sin duda, la parte principal y la más estimada:

Una huerta para hortaliza, cercada de pared, al sitio de La Flecha, plantada con ciento diez pies de árboles frutales, nogales y álamos

<sup>4</sup> Cf. M. Villar y Macías, *Historia de Salamanca*, Salamanca, 1974, I. IV, p. 52.

<sup>5</sup> *Protocolos* del P. Antonio de Solís, *Archivo Histórico Hisp.-Agust.*, vol. V, p. 165.

<sup>6</sup> Cf. M. Vidal, *o. c.*, vol. I, p. 138.

blancos, que riega con agua de la fuente de la Teja, incluso una casa, que con su renta anda con la dicha huerta; que hace cinco huebras de primera calidad, sin el plantío, el que se halla sin orden en el interior; linda por levante con tierra del dicho Convento, poniente con tierra de doña Victoria de Paz, norte con Caben de la Teja y al mediodía con la calzada<sup>7</sup>.

La «casa» que aquí se menciona es, sin duda, la que habitaba el hortelano que trabajaba en la huerta; cerca de ella, formando, quizá, una única construcción, estaba la que servía de alojamiento para los religiosos, cuando allí se desplazaban. La primera noticia de la existencia de estas construcciones la encontramos, el día 4 de febrero de 1540, con motivo de un pleito del Convento sobre los pastos. Uno de los testigos, Pedro Pérez, de 65 años de edad, vecino del Hoyo, dice que él ayudó a construir la casa de la huerta; a su vez, Pedro González, de 37 años, vecino de Aldealengua, depone lo siguiente: «En la casa de la huerta ve que allí vive el hortelano e se van allí a recrear los frailes del dicho monesterio»<sup>8</sup>.

A propósito de la finalidad de las casas que llevaban aparejadas algunas de estas propiedades rurales, sabemos que, con ocasión de haber adquirido la comunidad otra finca en el municipio de Sando de Santa María, siendo prior del convento de Salamanca Sto. Tomás de Villanueva en 1519, este, «mostrando su paternal amor a sus súbditos», mandó construir «una casa tejada, para si el Prior enviase a ella a solazar los sus frailes»<sup>9</sup>. La estima por esta finca, aunque más alejada de Salamanca que La Flecha, corrió pareja con la que se tenía por esta. Hoy la casa de Sando de Santa María se conserva perfectamente, no así la capilla, cuya ruina es casi total.

Por otra parte, y volviendo a La Flecha, la «calzada» citada en diversos textos corría a lo largo de la pared de la huerta y dividía longitudinalmente, de oeste a este, las posesiones del convento. Era esta calzada el viejo «camino de Madrid» (=la hoy carretera asfaltada de Aldealengua), para el que apuntaba Marcelo, es decir, el propio fray Luis, en *Los nombres de Cristo*, cuando, al dar razones de por qué Cristo es «camino», decía:

Porque cuanto a la propiedad del vocablo, ansí como aquel camino (y señaló Marcelo con el dedo porque se parecía desde allí) es el de la Corte, porque lleva a la Corte y a la morada del rey a todos los que enderezan sus

---

<sup>7</sup> Citado por M. Villar y Macías, *o. c.*, l. IV, p. 54.

<sup>8</sup> Citado por M. Villar y Macías, *o. c.*, p. 55.

<sup>9</sup> M. Vidal, *o. c.*, vol. I, p. 131.

pasos por él, así Cristo es el *Camino* del cielo, porque, si no es poniendo las pisadas en él y siguiendo su huella, ninguno va al cielo<sup>10</sup>.



El ensanche del antiguo camino — hoy carretera —, la desaparición de la tapia que bordeaba la huerta, así como el ferrocarril trazado paralelamente a la carretera, robándole terreno a la misma huerta, han desfigurado el lugar, aunque no tanto como para que quien hoy contempla aquellos parajes no advierta que es la misma finca descrita por el ya citado fray Juan Pedroso, y antes que este, por el propio fray Luis.

Existe en el AHN un *Libro de gasto y recibo de trigo del convento de san Agustín*, libro, que se abre el día 7 de mayo de 1785 y llega hasta 1809; en él se registra no solo la producción del cereal, sino también una serie de noticias curiosas relativas a La Flecha. Por él sabemos, entre otras cosas, que el personal empleado estaba constituido por un molinero, un rabadán, un senarero, un guarda, un herrero y varios temporeros segadores<sup>11</sup>. En aquellas tierras, en la sementera de 1794 se sembraron cincuenta fanegas y en la de 1801 sesenta<sup>12</sup>. El grano se guardaba en una panera, cuya ubicación ignoramos, si bien es de suponer que estaría junto a los

<sup>10</sup> *Los Nombres de Cristo*, en *Obras Completas Castellanas*, BAC, Madrid, 1991, vol. I, p. 457.

<sup>11</sup> Cf. *Libro de gasto*, AHN, Agustinos Calzados de Salamanca, Sec. Clero, Sig. Libro 10636, fols. 10 y 10v. Hay que hacer notar que en el mismo volumen, al final, está el *Libro de recibo*.

<sup>12</sup> *Ibid.*, fols. 11 y 22.

corrales. De esta panera saldrán en 1808 cien fanegas de trigo, tras autorizarlo la Consulta del Convento, como donativo a las tropas que luchaban contra los franceses<sup>13</sup>.

#### LA FLECHA DE FRAY LUIS Y DE FRAY DIEGO TADEO GONZÁLEZ

Ya hemos dicho que, por su cercanía a la Ciudad del Tormes (poco más de legua y media), por la fertilidad de sus tierras y por lo ameno del lugar, fue siempre La Flecha la hacienda más estimada por la comunidad agustiniana de Salamanca. Pero acaso nunca gozó de más aprecio como en el siglo XVI, por lo que tenía de lugar de descanso, esparcimiento y fecundo ocio. Así se imagina el agustino Juan Gil Prieto a los religiosos un día cualquiera durante las vacaciones del mes de agosto:

Quien durante el siglo XVI hubiera visitado este pintoresco lugar en las horas vespertinas de los calurosos días estivales habría visto a no pocos religiosos del Convento salmantino de San Agustín discurrir en grupos sobre el verde césped y a la fresca sombra de los álamos y sauces, o bien sentados bajo el tupido toldo de las parras umbrías, esparciendo unas veces sus fatigados espíritus en animados coloquios, deleitándose otras con la sabrosa lectura y los chispeantes comentarios de bien escritas obras literarias, y siempre rodeados de una atmósfera de inocente alegría, en que templaban sus ánimos para emprender con nuevos bríos las faenas escolares del curso que se avecinaba<sup>14</sup>.

Efectivamente, es el propio fray Luis quien nos cuenta una de estas escenas, al tiempo que hace la más bella descripción de lo que era la parte más importante de toda la finca en su tiempo, en un conocido pasaje de su inmortal obra *Los nombres de Cristo*. Llevaba él tan dentro de sí aquellos lugares que para ubicar los diálogos que constituyen dicha obra, escritos en gran parte durante sus cinco años de cárcel en Valladolid, no escogió otro escenario que esta su querida Flecha. La casa, la huerta, la fuente, la alameda y un poco más allá la frondosa vega, las aceñas, el río y «el soto» o «isleta»... atraerán particularmente su atención. Aquí está la bella descripción de lo que era la quinta en su tiempo en unos conocidísimos pasajes de su inmortal obra:

---

<sup>13</sup> *Ibid.*, fol. 43v.

<sup>14</sup> J. Gil Prieto, *El antiguo monasterio agustiniano de Salamanca y «La Flecha»*, San Lorenzo de El Escorial 1928, p. 128.

Era por el mes de junio, a las vueltas de la fiesta de San Juan, a tiempo que en Salamanca empiezan a cesar los estudios, cuando Marcelo, el uno de los que digo (que así lo quiero llamar con nombre fingido, por ciertos respetos que tengo, y lo mismo haré a los demás), después de una carrera tan larga como es la de un año en la vida que allí se vive, se retiró, como a puerto sabroso, a la soledad de una granja que, como vuestra merced sabe, tiene mi monasterio en la ribera del Tormes; y fuéronse con él, por hacerle compañía y por el mismo respeto, otros dos. Adonde habiendo estado algunos días, aconteció que una mañana, que era la del día dedicado al Apóstol S. Pedro, después de haber dado al culto divino lo que se le debía, todos tres juntos se salieron de su casa a la huerta que se hace delante de ella.



Portada del libro Los nombres de Cristo. Primera edición 1583.

Es la huerta grande, y estaba entonces bien poblada de árboles, aunque sin orden; mas eso mismo hacía deleite en la vista, y sobre todo, la hora y la sazón. Pues entrados en ella, primero, y por un espacio pequeño,

se anduvieron paseando y gozando del frescor; y después se sentaron juntos, a la sombra de unas parras y junto a la corriente de una pequeña fuente, en ciertos asientos. Nace la fuente de la cuesta que tiene la casa a las espaldas, y entraba en la huerta por aquella parte; y corriendo y estropezando parecía reírse. Tenían también delante de los ojos y cerca de ellos una alta y hermosa alameda. Y más adelante, y no muy lejos, se veía el río Tormes, que aun en aquel tiempo, hinchiendo bien sus riberas, iba torciendo el paso por aquella vega. El día era sosegado y purísimo, y la hora muy fresca. Así que, asentándose..., Sabino, que así me place llamar al que de los tres era el más mozo, mirando hacia Marcelo y sonriéndose, comenzó a decir así:

Algunos hay a quien la vista del campo los enmudece y debe de ser condición de espíritus de entendimiento profundo; mas yo, como los pájaros, en viendo lo verde, deseo cantar o hablar<sup>15</sup>.

Y, páginas más adelante, esta es la descripción que hace del que él llama «soto» o «isleta» situado en medio del cauce del Tormes, junto a la cantarina aceña:

Porque fue así, que los tres, después de haber comido, y habiendo tomado algún pequeño reposo, ya que la fuerza del calor comenzaba a caer, saliendo de la granja, y llegados al río que cerca de ella corría, en un barco (conformándose con el parecer de Sabino) se pasaron al soto que se hacía en medio de él, en una como isleta pequeña, que, apegada a la presa de unas aceñas, se descubría.

Era el soto, aunque pequeño, espeso y muy apacible, y en aquella sazón estaba muy lleno de hoja; y entre las ramas que la tierra de suyo criaba, tenía también algunos árboles puestos de industria; y dividíale como en dos partes un no pequeño arroyo que hacía el agua que por entre las piedras de la presa se hurtaba del río, y corría casi toda junta.

Pues entrados en él Marcelo y sus compañeros y metidos en lo más espeso de él y más guardado de los rayos del sol, junto a un álamo alto que estaba casi en el medio, teniéndole a las espaldas, y delante de los ojos la otra parte del soto, en la sombra y sobre la yerba verde y, cuasi junto al agua los pies, se sentaron<sup>16</sup>.

Y sentados, de esta guisa, a la vera del agua, contemplarán los tres la escena de los «cuervos» y la «pájara», que resulta ser una hermosa, a la vez que angustiosa, alegoría de lo que estaba siendo la propia vida de

---

<sup>15</sup> *Los Nombres de Cristo*, pp. 410-411.

<sup>16</sup> *Ibid.*, p. 543.

fray Luis, cuando escribe estas páginas. Aquellos negros pajarracos, tras dura y enconada persecución, consiguen, finalmente, precipitar a la ave-cilla en las aguas del río; «ay la pobre se nos ahogó», exclamarán, mostrando finalmente su alegría, cuando la ven salir del agua y remontar el vuelo.

Más adelante, en la «Introducción» al Libro 3 nos hablará de las cuestas que comienzan a alzarse donde termina la huerta y la alameda, a espaldas de la casa. La escena no podía ser más deliciosa y encantadora:

El día que sucedió, en que la Iglesia hace fiesta particular del apóstol S. Pablo, levantándose Sabino más temprano de lo acostumbrado, al romper del alba salió a la huerta y de allí al campo que está a mano derecha de ella, hacia el camino que va a la ciudad; por donde, habiendo andado un poco rezando, vio a Juliano que descendía para él de la cumbre de la cuesta, que, como dicho he, sube junto a la casa. Y maravillándose de ello y saliéndole al encuentro, le dijo: —No he sido yo el que hoy ha madrugado, que, según me parece, vos, Juliano, os habéis adelantado mucho más y no sé por qué causa<sup>17</sup>.

Son estos los principales pasajes de *Los Nombres de cristo* en que fray Luis nos describe La Flecha, pero a lo largo de toda la obra son numerosas las alusiones al paisaje y ambiente en que están encuadrados los diálogos de la más famosa de sus obras, pues que aquellos lugares se le habían adentrado muy hondo, al calor de sus estancias en la hermosa finca. El camino que llevaba a la Corte, el incesante borboteo del agua que movía la aceña, los montes de la sierra de Gredos y la sierra de Béjar que se columbraban en lontananza, el inmenso gozo que experimentaba al ponderar la frescura y apacibilidad del lugar, las «noches serenas» y tranquilas, el canto de las aves, la «fontana pura», los verdes prados, el perfume y el color de las flores... van apareciendo, una y otra vez, ungi-dos de sentida emoción. No parece sino que la obra hubiera sido escrita toda ella en aquel lugar y no en las lóbregas cárceles de la Inquisición en Valladolid.

Es indudable, además, que por varias de sus luminosas poesías pasa un mucho de lo que allí contempló y vivió con fruición; de ahí, el sereno fulgor y la suavísima dulzura de que son portadoras; de ahí, que hayan sido consideradas, en todas las épocas, espejo fiel en el que podemos contemplar la placidez imperturbable, la sofrosine y el reposado equilibrio, asentados en el alma de aquel excelso vate. Porque allí se acalmaban las

<sup>17</sup> *Ibid.*, p. 690.

procelosas aguas de la «espumosa mar» que le había tocado singular. Tiene carácter paradigmático, como ninguna otra, la oda titulada «A la vida retirada». He aquí algunas estrofas del inmortal poema:

¡Qué descansada vida  
la del que huye el mundanal ruido  
y sigue la escondida  
senda, por donde han ido  
los pocos sabios que en el mundo han sido;

...

¡Oh monte, oh fuente, oh río!  
¡Oh secreto seguro, deleitoso!,  
roto casi el navío,  
a vuestro almo reposo  
huyo de aqueste mar tempestuoso.

...

Del monte en la ladera  
por mi mano plantado tengo un huerto,  
que con la primavera  
de bella flor cubierto  
ya muestra en esperanza el fruto cierto;

Y, como codiciosa  
por ver y acrecentar su hermosura,  
desde la cumbre airosa  
una fontana pura  
hasta llegar, corriendo se apresura<sup>18</sup>.

La Flecha —comenta el antes citado Juan Gil— fue para fray Luis no sólo un venero fecundísimo de inspiración, que dio alas a su estro poderoso, sino también bálsamo refrigerante que suavizó las profundas heridas abiertas en su espíritu por la ingratitud de los hombres. Cuando el inmortal poeta se encerraba en aquel amable retiro —soledad confidente de las inmensas amargas que acibararon su corazón—, iba a buscar la salud del enflaquecido cuerpo y la paz perdida del alma, cosas ambas que jamás halló en medio del *mundanal ruido*<sup>19</sup>.

Y ahora, un salto en el tiempo: casi dos siglos después, otro agustino, cultivador enamorado de La Flecha, el mirobrigense fray Diego Tadeo González («Delio»), alma gemela del Legionense, heredero de su espíritu y de su lira y principal representante de la llamada Segunda Escuela

---

<sup>18</sup> O. Macrí, *Fray Luis de León. Poesías*, Barcelona, 1982, pp. 203-204.

<sup>19</sup> J. Gil, *o. c.*, p. 139.

Salmantina de Poesía, regustó también las delicias de aquel rincón de paz, al que se retiraba cuando se lo permitían sus obligaciones de prior del convento salmantino de San Agustín. Buscaba allí, amén de la apacible soledad y el descanso, revivir el gratísimo recuerdo de tantos cohermanos —y especialmente de fray Luis— que, por aquellos parajes, dejaron impresa la huella de su estancia. He aquí el hermoso pasaje de una carta, escrita el 15 de abril de 1777 y dirigida al P. Miguel de Miras, agustino del Convento de Sevilla, poeta, como él, y animador del movimiento poético de la Ciudad del Guadalquivir:

Mañana salgo a pasar tres o cuatro días en mi *Flecha* que está de aquí, río arriba, legua y media. Tenemos allí unas aceñas, un hermoso soto y prado, y, lo que es más que todo, aquella huerta que en el principio de sus diálogos de *Los Nombres de Cristo* describe con tanta belleza nuestro insigne León, y donde aquel Marcelo enseñó a sus compañeros tan divinas doctrinas. Éste es el huerto que, en la canción de la «vida solitaria», llama «plantado por mi mano del monte en la ladera», y la «fontana pura»..., que tú sabes de memoria y a la letra... Estas memorias me harán dulcísima la estancia<sup>20</sup>.

A este propósito, nos dice el marqués de Valmar sobre nuestro Diego Tadeo en su «Bosquejo Histórico Crítico», ofreciéndonos los rasgos principales de su etopeya:

Es fray Diego González uno de los poetas de que con razón se envanece Salamanca, y uno de los caracteres más simpáticos y más puros que han dado lustre al claustro y a las letras. La poesía le era en tal modo connatural, que escribía versos, como otros buscan juegos e insustanciales pasatiempos, cuando su edad frisaba apenas con la adolescencia. Su numen no era ni enérgico ni levantado. No se prestaba a ambiciosos vuelos. Vivía su espíritu en una esfera mística, tan apacible y tan serena, que no podían entrar en ella estímulos mundanos... Imitaba a fray Luis de León, no sólo por predilección literaria, sino por las afinidades de instinto que los unían. Era una de ellas la afición al campo, grande y sincera en el ánimo de fray Diego González. Deleitábase, sobre todo, pasar algunos días en La Flecha, pueblo (sic) cercano a Salamanca, a orillas del Tormes, porque despertaba en su ánimo el recuerdo venerable y querido de fray Luis de León<sup>21</sup>.

Hay que añadir que por algunas de las poesías de fray Diego y por las de aquellos que formaban el «Parnaso Salmantino» —nombre dado por

<sup>20</sup> «Cartas autógrafas», Biblioteca de Autores Españoles, Madrid 1869, t. LXI, p. CVIII.

<sup>21</sup> *Ibid.*, «Bosquejo Histórico Crítico», p. CVIII.

él a aquella Escuela Poética —, pasan no solo las riberas del Zurguén con sus pastoras y sus ninfas, sino también los prados y las aguas claras del Tormes a su paso por La Flecha. Formaban parte de aquel grupo de amigos poetas: el propio fray Diego, Meléndez Valdés, Fernández de Rojas, J. Cadalso, J. P. Forner, entre otros. Concretamente los tercetos que llevan por título «Delio en la Granja», en la que él mismo planta y cuida con mimo un olivo, a ejemplo de lo que hacía fray Luis en su huerto, debieron de ser escritos o, al menos inspirados, en la famosa quinta agustiniana. He aquí algunas de sus estrofas:

En la amorosa estancia donde vivo  
De todo humano trato retirado  
Planté no ha tiempo un tierno olivo.

Puse en él mi afición, y mi cuidado:  
Dos veces le regaba cada día:  
Y alguna vez estando recostado

A su pie, de mis ojos le añadía  
El riego de un extraño sentimiento;  
Mi cuidado y cultivo agradecía,

Y mostraba el prodigioso aumento,  
Y como en tierra fértil y amorosa  
Echó raíz profunda, espació al viento.

La hermosísima rama en pompa airosa...<sup>22</sup>.

#### LA FLECHA DESDE 1821 HASTA NUESTROS DÍAS

Y ahora otro salto en la historia: llegamos al tristemente célebre Trienio Liberal (1820-23). Habían pasado unos meses de la subida al poder de los liberales, para quienes, ya desde el primer momento, no parecía sino que la cuestión religiosa era ¡el problema más importante de todos los que tenían planteados los españoles! Había que acabar, pues, con las órdenes religiosas y pasar todos sus bienes, muebles e inmuebles, a manos de la Nación, para ser vendidos al mejor postor. Y, en efecto, el día 27 de junio de 1821 eran suprimidas y exclaustradas las comunidades religiosas de varones, y el Estado se incautaba de todos sus bienes, muchos de los cuales irían pasando a manos privadas en pública subasta.

---

<sup>22</sup> BAE, vol. 6l, pp. 191-192.

Por lo que respecta a La Flecha, sabemos que fue adquirida en ese mismo año por Tadeo Sánchez Escandón, quien pagó por ella la cantidad de 413.000 reales. Pero antes de terminar el Trienio Liberal, es decir, a principios del año 1823, la finca pasaba a manos del vizconde don Antonio Crespo Rascón. Sin embargo, con la caída de los liberales y la consecuente vuelta del absolutismo con el rey Fernando VII en ese mismo año, se anularon todos los actos de las pasadas Cortes; y, por lo mismo, las comunidades religiosas volvieron a sus conventos, a la vez que les eran restituidos todos sus bienes. A tal efecto y sin esperar al refrendo real, la Junta de Regencia, establecida en Madrid por el duque de Angulema, emitió un decreto que era enviado inmediatamente a todos los antiguos superiores mayores, quienes debían hacerlo llegar cuanto antes a sus súbditos.

Y esta es, precisamente, la primera anotación que recoge el *Libro de Registro General* de los Agustinos, tras un lapso de dos años y cinco meses. Era, justamente, el tiempo que había durado la excomunión de la comunidad. Dice así: «En 13 de junio de 1823 se recibió oficio del señor Ministro de Gracia y Justicia, D. José García de la Torre, insertando el decreto de la Regencia para que los Regulares se repongan al ser y estado en que se hallaban antes del 7 de marzo de 1820»<sup>23</sup>. Meses más tarde, en el mismo *Libro* se anota la recepción del Real Decreto, refrendado ya por el rey Fernando VII; en él se ordenaba a los intendentes de las Provincias que «pongan a los Prelados de la Orden en la posesión de todos sus bienes, derechos y acciones que poseían antes del 7 de marzo de 1820»<sup>24</sup>.

Lo que sí tendrían que demostrar los superiores de las diversas comunidades religiosas era que los bienes reclamados fueron suyos, para lo que deberían acudir, a falta de documentos de propiedad, que podrían haber desaparecido, a testigos fidedignos que certificasen tal propiedad. El convento de San Agustín había perdido, sobre todo en la destrucción que sufrió en la guerra de la Independencia, casi todos sus documentos, por lo que difícilmente podía probar la pertenencia de muchas de sus fincas. Y así tuvo que acudir a los testigos, como se podrá ver en el *Libro de Gasto del Convento* de San Agustín de Salamanca. En él se anotan, entre los gastos correspondientes a julio y agosto de 1823, los originados por la

---

<sup>23</sup> *Libro de Registro General*, en *Archivo Histórico Hispano-Agustiniano*, vol. IV (1915), p. 316.

<sup>24</sup> *Ibid.*, vol. V (1916), p. 141.

«posesión» de las diferentes fincas que habían pertenecido al convento. Entre ellas figura, ¿cómo no?, la más estimada de todas ellas, *La Flecha*<sup>25</sup>.

Que todas las propiedades de la comunidad agustiniana le fueron devueltas nos lo dice el oficio elevado por el entonces prior del Convento, Fr. Antonio Fernández Blanco, al Sr. Administrador General de Reales Rentas en 1827. En él se citan, entre otras, las tierras de «Aldea Lengua», «Huerta de la Flecha» y «Flecha y Rivas», que eran las posesiones que conformaban entonces la finca<sup>26</sup>.

Por otra parte, en el *Libro de Recibos*, que está incluido en el mismo volumen que el de los *Gastos* del Archivo Histórico Nacional, se registran las entradas que proceden del arriendo de algunas de las fincas o de la venta de sus mismos productos, con destino a las obras de reconstrucción del nuevo convento que habían comenzado en 1826. Pues bien, entre todas ellas, La Flecha será siempre la que más recursos proporcione al efecto<sup>27</sup>. De ahí que fuese también la finca en que se llevasen a cabo numerosas mejoras en sus instalaciones. Así, en el informe llevado al Capítulo Provincial de 1828 por el P. Antonio Fernández, prior de la comunidad, encontramos la siguiente referencia al citado lugar:

«*La Flecha. Obras*». Se reteja la casa de la huerta y la pocilga contigua y otras partes de los corrales. Se repellan con cal las paredes del oratorio y pajar. Se renovaron las piedras de la escalera que baja a la Aceña. Se reponen diversas piezas de la Aceña. Se construye un nuevo camino en la cuesta de Moriscos, para que tengan mejor acceso los que vienen a moler. Se abrieron zanjas para reunir las aguas del Valle de la Teja, dándoles nueva dirección para que no destruían el camino<sup>28</sup>.

Por cierto que, en una carta de este mismo prior, fechada el 27 de julio de 1828 y dirigida al P. Provincial, encontramos una alusión más detallada a las obras realizadas en La Flecha, así como a una plantación de negrillos que él mismo hace, «para que en lo subcesivo —añade— no gaste la comunidad los 1200, los 800, 600 ó 400 rs. en cada uno de los palos que necesite según el eje de la rueda (de la aceña) para que se destine»<sup>29</sup>.

<sup>25</sup> Cf. AHN, Agustinos Calzados de Salamanca, Sec. Clero, Sig. Libro 10635, pp. 1 y 1 bis.

<sup>26</sup> Archivo de la Prov. Agustiniana de Filipinas (Valladolid), sig. 758 / 1 fol.

<sup>27</sup> Cf. *Libro de Recibos*, AHN, Clero 10635, fols. 22 y ss.

<sup>28</sup> *Libro de Cuentas de gastos del Combento*, AHN, Clero 10635, fol. 112.

<sup>29</sup> Carta inédita al P. Provincial, Archivo de la Real Academia de la Historia, *Documentos de San Felipe el Real*, sig. 7571, J 1-53.

Algunos de aquellos negrillos o, al menos, sus retoños eran los que hace unos años se secaron a causa de la plaga que afectó *ulmus nigra*.

Finalmente, tras la última y más nefasta de las exclaustraciones y desamortizaciones, por un Real Decreto emanado en 3/IX/1835, los bienes enajenados el 22 de octubre de 1820 y que habían sido recuperados por las comunidades con la caída del régimen liberal, les eran arrebatados definitivamente, para entregárselos a sus antiguos compradores. La Flecha, en efecto, volvió a su antiguo dueño, el vizconde don A. Crespo Rascón. Más tarde –en aquel mismo siglo– encontramos como nuevo dueño al conde de las Cabrillas, marqués de Puerto Seguro y duque de Aveiro.

A este ilustre personaje hay que agradecerle la restauración en 1904 de la pequeña capilla, conocida con el nombre de «oratorio de Fr. Luis», y ubicada a pocos metros de la aceña. Era esta la capilla que, sin duda, servía para atender las necesidades espirituales de los criados que trabajaban en la finca y que vivían, junto con sus familias, en las construcciones contiguas. Junto a la vivienda, se encuentran las cuadras y los corrales para los animales, hoy en estado ruinoso. Ya hemos lamentado con el más profundo de los sentimientos los hechos vandálicos que han tenido lugar hace unos cuatro años.

Excepto la capilla y el panteón adosado a ella, restaurada aquella y construido el panteón por el conde de las Cabrillas para él y sus sucesores a principios del siglo xx, las tierras restantes que conformaban La Flecha fueron siendo vendidas paulatinamente casi hasta nuestros días. Ello ha contribuido al estado lamentable en que se encuentran gran parte de aquellos entrañables lugares, excepción hecha del llamado «huerto de fray Luis», donde está ubicada la «fontana pura», aunque solo esta y la densa vegetación del contorno nos trasladan a los tiempos de nuestro poeta. El moderno chalet levantado en el pequeño altozano, a cuyo pie nace «la fontana», apenas nos recuerda el lugar en que, al parecer, estuvo asentada la antigua casa, habitada por los frailes.

Pero uno no se resigna a dejar La Flecha sin volver de nuevo al rincón en que se encontraba el oratorio, la aceña, el panteón del conde y duque y el austero monumento de fray Luis, dedicado por los poetas allá por los años cincuenta; y es que no se me ocurre otra cosa que recordar, aunque ello me renueve el profundo sentimiento de pena y tristeza, lo que un enamorado peregrino de estos parajes, allá por el año de 1916, escribió sobre el «oratorio de fray Luis» y su entorno:

Frontero con la aceña álzase un pequeño edificio, de fábrica vieja y sencilla. Sus piedras, doradas por el sol de los siglos y un poco destruidas por la acción devastadora de las aguas, hablan al espíritu un lenguaje romántico, de misterio y de emoción. Aquellos muros encierran el silencioso oratorio de Fr. Luis...

Penetré en el oratorio del excelso poeta. De las paredes penden unos grandes y antiguos lienzos ungidos de misticismo cristiano. Yo no podría asegurar que esos cuadros sean maravillosos como obra de arte. Lo que puedo afirmaros es que me lo parecieron. Llevaba el ánimo propicio a encontrarlo todo dulce y penetrante, todas las cosas bellas. El silencio de la tarde, rítmico y hondo, el blando suspirar de las ramas de los árboles, la queda y fugitiva canción del río, aquel ambiente de recogimiento y de intimidad que incensaba el oratorio y el recuerdo espiritualísimo de fray Luis, habíanme llenado de unas suaves ansias de amarlo y admirarlo todo.



*Entrada al oratorio de fray Luis en La Flecha.*

El Oratorio y el panteón han estado, varias veces, a pique de ser destruidos por las crecidas del río Tormes. Pero el dueño de esta finca, el Marqués de Puerto Seguro y Duque de Aveiro con un respeto al gran poeta clásico y un exquisito sentido del arte, no ha escatimado gasto ni sacrificio alguno para que todo viniese a quedar en su primitivo estado<sup>30</sup>.

---

<sup>30</sup> A. Valero Martín, *Castilla Madre*. Salamanca, Madrid 1916, pp. 30-31.

Pero hay más: años antes que A. Martín Valero, en 1902, don Miguel de Unamuno, otro frecuentador amante de La Flecha, contemplando precisamente aquel rincón entrañable, nos había dicho que:

En aquel deleitoso rincón de la Flecha, junto al claro Tormes que marcha tan lento que parece gozar durmiéndose aprendió Fray Luis la alegre desnudez de la pobreza y el gozo de la resignación y allí fue donde el gozo de la resignación y allí donde mejor le aleccionó el cielo espléndido en la armonía de los mundos con la dulce sinfonía de las puras líneas de aquel paisaje de sencillez paradisíaca a aquel que reviste de castísimos colores. Tendido el poeta en las márgenes del río... Allí contemplando el vasto cielo donde debió de haber soñado Fray Luis con más ahínco en el reino de la paz eterna, su constante anhelo, allí, contemplando lejos de la ciudad donde el siglo le movió guerra y le trató con prisiones y sinsabores..., fue donde elevó aquel soberano himno a la paz, himno que hinche las más preñadas páginas de *Los Nombres de Cristo*<sup>31</sup>.



Lápida de mármol colocada en la entrada del oratorio del maestro fray Luis.

Y otro día, subido acaso, a la «cumbre airosa», atalayando a lo lejos el macizo de Gredos y con el Tormes que allí nace y que, tras besar la Alba

<sup>31</sup> M. de Unamuno, *Paisajes*, Salamanca 1902. El pequeño libro de apenas 69 páginas y que se guarda en nuestra biblioteca, lleva esta dedicatoria de su puño y letra: «Al Excmo. Sr. Obispo de Salamanca Fr. Tomás Cámara. En prueba de respeto y afecto. Miguel de Unamuno».

de santa Teresa, llega acariciando nuestra Flecha y con ella el «soto de fray Luis», don Miguel escribía estos versos:

Desde Gredos, espalda de Castilla,  
rodando, Tormes, sobre tu dehesa,  
pasas brezando el sueño de Teresa  
junto a Alba la ducal dormida villa.

De La Flecha gozándote en la orilla  
un punto te detienes en la presa  
que el soto de Fray Luis cantando besa  
y con tu canto animas al que trilla<sup>32</sup>.

*Recuerdos de mi Diario.* Ahora soy yo quien, tras salir de aquel rincón entrañable en el que sólo quedaba profanación y ruinas, no me resigno a no recoger algo de lo que escribí, años antes de los tristes acontecimientos. Alguien me acompañaba en la visita a La Flecha; acabado el recorrido por el rincón donde se encontraba la aceña, el oratorio de fray Luis, el monumento de los poetas y el panteón del duque de Aveiro, subamos —les dije a mi acompañante— a la carretera, bajo cuyo asfalto se encuentra el viejo «camino de Madrid»; unas cuantas decenas de metros más allá nos espera el sendero que nos llevará al llamado «Huerto de Fr. Luis». Atravesaremos después el ferrocarril, que corre paralelo a la carretera; y entre este y el arranque del cerro vemos la huerta, que hoy continúa siendo huerta, aunque no tenga ya aquellos árboles frutales que, plantados en desorden, hacían encanto a la vista. Pasada la vía, llegamos a la señal indicadora de un camino: es el sendero que nos conduce al citado «Huerto de fray Luis». Es este el nombre que leemos en una de las jambas del portón de entrada y en la verja de hierro. Contábamos con el permiso para entrar que habíamos solicitado al dueño y entramos.

Una vez dentro, los recuerdos se agolpaban en mi imaginación. Buscamos, en primer lugar, la casa de la comunidad a la que se retiraban los frailes en tiempo de vacación. No, ya no existe. Parece ser que en el mismo solar que ocupó ha levantado su actual dueño el hermoso chalet; así lo dice una inscripción que figura en una piedra del jardín que rodea la casa. Esta, aunque más lujosa sin duda, puede recordarnos la antigua construcción. Siguiendo la indicación precisa de fray Luis, buscamos «detrás de la casa» la «fontana pura»; y, sí, allí está la celebrada fuente, sombreada por añosos cedros y plataneros. Como ellos, debieron de ser

---

<sup>32</sup> M. de Unamuno, *Poemas de los pueblos de España*, Madrid 1980, p. 62.

aquellos árboles, por entre los cuales torcía su paso la corriente de la célebre fuente, antes de llegar al huerto que el poeta tenía «plantado por su mano», a la vera de la huerta. ¡Es tan fácil imaginarse en este paraje al inmortal autor de «A la vida retirada»...!

Subimos ahora a la cima del «monte», como lo hacía fray Luis, para contemplar desde las alturas todos estos lugares; nosotros lo hacemos para revivir recuerdos de otros tiempos y dejar que pasen las horas lentamente. Sobre una de aquellas cumbres se ha solicitado a las autoridades correspondientes la erección de un sencillo monumento, que recuerde al autor de *Los nombres de Cristo*; podrá ser el que le dedicaron los poetas hace muchos años. A fray Luis y a fray Diego nos los imaginamos ya y descendemos sin prisa alguna y paramos de nuevo junto a la «fontana pura» que se nos ha adentrado en el alma, porque ella es la que con mayor realismo nos hace llegar al propio fray Luis. Y es de nuevo el citado autor de *Castilla Madre. Salamanca* quien nos invita a leer lo que a él le decía aquella fuente. Lo repito con gozo:

Reía la fuente con su risa de perlas y de cristal, tal que bendiciendo el silencio y el reposo. Dijérase que canta en ella todavía la entrañabilísima canción de fray Luis, que aún repite los versos luminosos y eternos que tan a maravilla supo descifrar el poeta en su comunión espiritual con la fontana pura... Todo era frescura y sosiego... Sí. Allí estaban los versos de fray Luis, cantando en el cristal del agua y temblando en las ramas de los árboles, como siempre, como antes y después de ser escritos, como los bebió el alma poética y sedienta del maestro... Aún parece que riman, repitiendo el motivo: *Qué descansada vida...*

Allí la fontana pura, allí la cumbre airosa, allí el suave y no aprendido cantar de las aves, allí la esperanza del fruto cierto, allí el aire meneando los árboles con un manso ruido; allí, en fin, el rincón escondido y fragante, umbrío y rumoroso, donde soñó el poeta...<sup>33</sup>.

\*\*\*

*Epílogo.* Y dejamos ya «la cumbre airosa», y «el huerto», y «la alameda», y «la aceña», y «el oratorio», y «el soto», y «el río»..., y por el imaginario «camino de la Corte» regresamos a Salamanca. Una tristeza inmensa y un gran vacío nos inunda el alma al dejar estos parajes un día cualquiera del IV Centenario de muerte del príncipe de nuestros poetas (1991) y del II Centenario de fray Diego González (1994) o cualquier otro

<sup>33</sup> A. Valero Martín, *o. c.*, pp. 31-32.

día de los años siguientes, pues que una especial querencia allí nos ha llevado una y otra vez; y siempre regresamos con la impresión de que allí se nos ha perdido y aún continúa perdiéndose un mucho de lo que nos podía hacer rememorar y revivir lo que uno y otro, junto con sus cohermanos agustinos, vivieron durante tantos siglos...



*Miguel de Unamuno fotografiado en lo alto de los acantilados de La Flecha.*

## II Congreso de Poesía. Salamanca, 1953

José Luis PUERTO

En la década de los años cincuenta del pasado siglo xx tienen lugar en Salamanca dos importantes encuentros culturales, de alcance y repercusión nacional e incluso internacional: en julio de 1953, se desarrollaría el II Congreso de Poesía y dos años después, en mayo de 1955, las Primeras Conversaciones Cinematográficas Nacionales, convocadas por el Cine Club Universitario de Salamanca.

De ese modo, Salamanca –a través de tales encuentros culturales, pero también de otro tipo de actividades del ámbito de la cultura– expresa y realiza dos de las mayores y más significativas identidades que la definen: ser un ámbito de cultura y serlo con una proyección universal. Nosotros vamos a centrarnos en el primero de los encuentros culturales que en el primer párrafo enumeráramos.

### BREVE CONTEXTO HISTÓRICO

El II Congreso de poesía tiene lugar en un momento histórico en el que el régimen de la dictadura franquista comienza a salir de su aislamiento, a la vez que se consolida y que logra una cierta madurez política en un contexto internacional que le favorece.

Las democracias occidentales reconocen a un régimen dictatorial, ya que, en un mundo dividido en dos bloques, debido a la llamada «guerra fría», España queda alineada en el bloque occidental y anticomunista. Para ello, Estados Unidos firma unos acuerdos bilaterales con el Estado español.

En julio de 1951, Franco realiza un amplio cambio de la mayoría de su gobierno. En él, pierden poder e influencia los sectores tradicionales del falangismo, en favor de la llamada entonces «tercera fuerza» (Calvo Serer y el Opus Dei) y de sectores monárquicos. El régimen, sin abandonar sus concepciones políticas ni las prácticas represivas, adopta un mayor pragmatismo en materia social y económica.

En tal cambio de gobierno, accede al Ministerio de Educación Nacional el católico Joaquín Ruiz-Giménez, debido a su gestión diplomática en el Vaticano, cuando se va a firmar el concordato; se trata de una personalidad que quiere liberalizar el sistema, reconciliar a los españoles y olvidarse de que aquello era una dictadura.

Algo comienza a cambiar. «Junto al ministro, la acción de los rectores de Madrid y Salamanca, Laín Entralgo y A. Tovar, respectivamente, y de otros colaboradores (Pérez Villanueva, etc.) de talante más conciliatorio o liberal, van creando un estado de ánimo diferente. Coincidente con la entrada en la Universidad de la generación que estaba en su primera infancia durante la guerra civil»<sup>34</sup>.

Los Congresos de Poesía y, en concreto, el de Salamanca de 1953, tienen lugar impulsados por este ministerio, a través de la Dirección General de Enseñanza Universitaria, dirigida por el ya citado Joaquín Pérez Villanueva. Además de él, dos personalidades, ligadas con el Ministerio de Educación y con el sistema educativo de aquel momento, van a estar presentes en el Congreso salmantino: los ya indicados rectores Laín Entralgo y Tovar.

Así, pues, el II Congreso de Poesía de Salamanca de 1953 puede ser considerado como un hito más, en el ámbito de la política cultural, del talante liberal y conciliatorio del nuevo Ministerio de Educación Nacional de Ruiz-Giménez.

#### BREVE CONTEXTO LITERARIO

Cuando, en 1953, se celebra el II Congreso de Poesía en Salamanca, la lírica española cuenta ya con una larga andadura desde el final de la Guerra Civil. Tanto en el exilio como en el interior del país, la poesía se sigue creando y desarrollando a través de publicaciones de obras de poetas de distintas generaciones, grupos y tendencias; a través de revistas literarias de distintos tipos; así como de otras actividades relacionadas siempre con lo poético (recitales, lecturas, encuentros, etc.).

No podemos aquí ahora detallar el contexto poético tal como se produce entre los años de 1939, en que termina la Guerra Civil, y 1953, en

---

<sup>34</sup> José Antonio Biescas y Manuel Tuñón de Lara, *España bajo la dictadura franquista (1939-1975)*, en Manuel Tuñón de Lara (Dir.), *Historia de España*, Tomo X, 2.<sup>a</sup> ed., 6.<sup>a</sup> reimpr., Barcelona, Labor, 1987, pp. 267-268.

que se celebra en Salamanca en II Congreso de Poesía. Para los lectores interesados, remitimos a los distintos manuales sobre poesía española contemporánea, así como a nuestra obra en la que estudiamos y analizamos lo que fuera el II Congreso de Poesía de 1953, celebrado en Salamanca, que nos ocupa<sup>35</sup>.

## EL II CONGRESO DE POESÍA, SALAMANCA, 1953

El II Congreso de Poesía se celebró en Salamanca y en algunos lugares de la provincia a lo largo de la semana del mes de julio de 1953 comprendida entre el domingo día 5 y el sábado siguiente, día 11.

Hay que situarlo entre los congresos poéticos que se celebraron, en 1952, en Segovia, y, en 1954, en Santiago de Compostela. Los tres fueron organizados por la Dirección General de Enseñanza Universitaria, dirigida por Joaquín Pérez Villanueva, e inspirados por Dionisio Ridruejo —poeta falangista, junto con otros, como Luis Felipe Vivanco o Luis Rosales, agrupados, en los años cuarenta, en torno a la revista *Escorial*—, que ya, en ese momento, comienza a separarse de la ortodoxia de la dictadura franquista, al percibir que una salida a ella pasa por tender puentes entre vencedores y derrotados, entre el castellano y las demás lenguas peninsulares... para así crear los cimientos de un nuevo clima de convivencia más civilizado.

Tales congresos de poesía pueden interpretarse como expresiones de una política de reconciliación cultural, surgida desde un sector aperturista del franquismo, en el que hay que situar a Joaquín Ruiz-Giménez, ministro de Educación Nacional; al citado Joaquín Pérez Villanueva; a los rectores Pedro Laín Entralgo (de la Universidad Central madrileña) y Antonio Tovar (de la de Salamanca); así como a Dionisio Ridruejo y a los indicados poetas de su grupo, dentro de un falangismo «aperturista». Todos ellos tienen un claro protagonismo en el II Congreso de Poesía, celebrado en Salamanca en 1953.

Lo más significativo de este congreso fue el convertirse en ámbito de encuentro entre poetas castellanos, catalanes, hispanoamericanos y europeos. Algo que se ha de interpretar en un doble sentido: por una parte, es

<sup>35</sup> José Luis Puerto, *II Congreso de Poesía. Salamanca, 1953*, Salamanca, Amarú Ed., Col. Mar adentro, 36, 2003.

un gesto de reconciliación lingüística; y, por otra, supone un intento por parte del franquismo de superación de su aislamiento cultural.

#### PARTICIPANTES EN EL CONGRESO

La lista de poetas y figuras que asistieron y participaron en el II Congreso de Poesía es, hoy, muy elocuente. Asistieron, entre los españoles, los poetas del régimen y de la oposición a él, los que escriben en castellano y los que lo hacen en catalán; también, poetas tanto europeos como americanos, pertenecientes a las más importantes lenguas occidentales; además de estudiosos, hoy bien conocidos (como, por ejemplo, Oreste Macrí, entre otros). Acaso no esté de más – por prolija que pueda parecer –, como documentación, indicar la lista de quienes a él asistieron.

De Francia: Luc Estang y Jacques Mettra; de Bélgica: Edmond Vandercamen; de Suiza: Claude Aubert; de Italia: Giuseppe Ungaretti, Oreste Macrí y Viegilio Gadda; de Portugal: José Campos de Figueiredo; de Inglaterra: Roy Campbell y Charles David Ley; y de Brasil: Ferreira da Cunha.

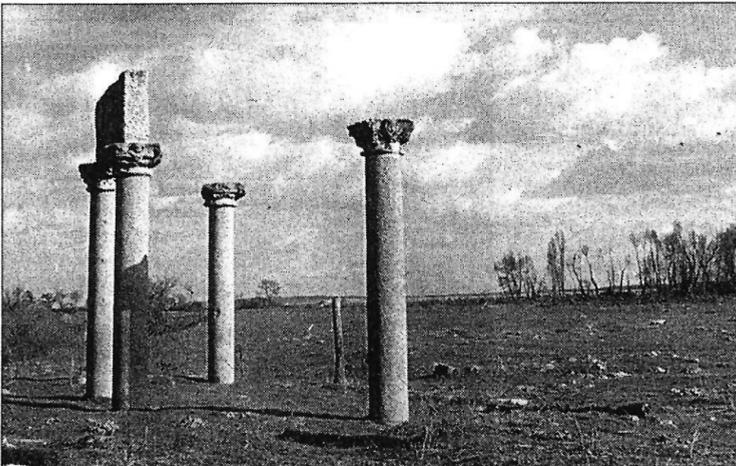
Relativamente amplia fue la representación de Hispanoamérica: Daniel Devoto (Argentina), Miguel Arteche (Chile), Concha Zardoya (Chile), Eduardo Carranza (Colombia), Víctor Mallarino (Colombia), Dulce María Loynaz (Cuba), José Coronel Urtecho (Nicaragua), Ernesto Mejía (Nicaragua), Leopoldo Chariarse (Perú), Luis Hernández Aquino (Puerto Rico) y Antonio F. Spencer (Santo Domingo).

Del ámbito hispánico, en lengua catalana: Clementina Arderiu, J. V. Foix, Tomás Garcés, Rosend Llates, Ricardo Permanyer, Juan Perucho, Carles Riba y Joan Teixidor. Y en lengua castellana: Dámaso Alonso, José María Alonso Gamo, Marcelo Arroita Jáuregui, José Manuel Blecua, José Manuel Caballero Bonald, José Luis Cano, José Manuel Cardona, Demetrio Castro Villacañas, Carmen Conde, Alfonso Costafreda, Ángel Crespo, Guillermo Díaz-Plaja, Gerardo Diego, Dionisio Gamallo Fierros, José García Nieto, Ildefonso-Manuel Gil, Lorenzo Gomis, Fernando Gutiérrez, José Hierro, Pedro Laín Entralgo, José María Luelmo, Leopoldo de Luis, José Luis Martín Descalzo, Juan Ramón Masoliver, Rafael Montesinos, Federico Muelas, Antonio Oliver, Blas de Otero, Leopoldo Panero, Salvador Pérez Valiente, Dionisio Ridruejo, Cesáreo Rodríguez Aguilera, Luis Rosales, Rafael Santos Torroella, Aurelio Valls, Ángel Valbuena Briones, José Ángel Valente, José María Valverde y Luis Felipe Vivanco.

Hubo poetas invitados que, por diversos motivos, no pudieron asistir. De algunos de ellos, se recibieron telegramas de saludo y de adhesión al congreso, como, por ejemplo, de Vicente Aleixandre, Carlos Bousoño, Victoriano Crémer, Jesús Juan Garcés, Ramón de Garciasol, Luis López Anglada, Lope Mateo, Rafael Morales, Alfonso Moreno, José Antonio Muñoz Rojas, José María Pemán, Carlos Rodríguez Spiteri, José Suárez Carreño, Francis Ponge (francés), Enrique Larreta (argentino) y Alberto da Serpa (portugués).

Se incorporaron poco después al congreso Jorge Eliecer y Charles Pierson, además de algunos nombrados, como Dámaso Alonso, Carmen Conde, Salvador Pérez Valiente y José María Luelmo.

Entre los poetas españoles asistentes y participantes en el II Congreso de Poesía, celebrado en Salamanca en 1953, nos encontramos con poetas del 27, del grupo de *Escorial* (verdadera columna vertebral del encuentro poético salmantino), de la llamada generación del 36, del «garcilalismo», de las corrientes rehumanizadoras (la llamada por Dámaso Alonso «poesía desarraigada»), así como de jóvenes poetas que constituirán el llamado grupo del 50. En definitiva, una muy variada –y relativamente completa– representación de lo que era la poesía española en castellano en aquel momento histórico.



*Monumento a fray Luis de León levantado en la isla del Soto, La Flecha, en 1953.*

## PRESIDENCIA DEL II CONGRESO DE POESÍA

En la primera sesión del II Congreso de Poesía, se constituyó la presidencia del mismo. Formaron parte de ella destacadas figuras del mundo poético, literario y académico. Estos fueron los miembros integrantes de tal presidencia del Congreso.

El presidente fue, por aclamación, José Martínez Ruiz, Azorín. Se contó asimismo con varios vicepresidentes, que representaban los distintos segmentos poéticos y académicos asistentes al congreso: Antonio Tovar, como rector de la Universidad de Salamanca; el gran poeta italiano Giuseppe Ungaretti; los poetas hispanoamericanos Dulce María Loynaz y Eduardo Carranza; y los poetas españoles Gerardo Diego (escritor en castellano) y Carles Riba (en catalán). De secretario, ejercería Rafael Santos Torroella, poeta y crítico de arte.

## JORNADAS DEL II CONGRESO DE POESÍA

*Domingo, 5 de julio de 1953*

La sesión inaugural del II Congreso de Poesía se celebra a las once de la mañana, en el aula magna de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Salamanca. La preside Joaquín Pérez Villanueva, acompañado por las autoridades civiles, eclesiásticas y académicas de la provincia: José Luis Taboada García, gobernador civil y «jefe provincial del Movimiento»; Carlos Gutiérrez de Ceballos, alcalde de Salamanca; Barbado Viejo, obispo de la diócesis; Antonio Tovar, rector de la Universidad de Salamanca; Carlos Nogareda, vicerrector de la misma; y Lorenzo Turrado, rector accidental de la Universidad Pontificia salmantina. Se halla también presente el rector de la Universidad Central, Pedro Laín Entralgo. Así como el secretario del Congreso de Poesía, Rafael Santos Torroella.

En tal sesión, Rafael Santos Torroella, como secretario, lee un texto enviado por José Martínez Ruiz, Azorín, de adhesión al congreso. Manuel García Blanco, catedrático de la Universidad salmantina y secretario general de ella, diserta a continuación sobre el tema de «La Escuela poética salmantina», evocando, en un repaso de historia literaria, las figuras de mayor relieve en contacto con Salamanca, desde el juglar Pedro Amigo y Juan del Encina a Miguel de Unamuno.

Terminada esta disertación, Rafael Santos Torroella lee la lista de los asistentes al congreso, así como las adhesiones recibidas de quienes, estando invitados, por unos motivos o por otros, no pudieron desplazarse a Salamanca para participar en él. Azorín es elegido por aclamación presidente del congreso y se toma el acuerdo, al encontrarse ausente, de comunicarle la designación.

Tiene lugar después una propuesta de Ildefonso-Manuel Gil, en la que sugiere, como vicepresidentes del Congreso, los nombres del poeta castellano Gerardo Diego, el catalán Carles Riba, el italiano Giuseppe Ungaretti, los hispanoamericanos Dulce María Loynaz y Eduardo Carranza y Antonio Tovar, rector de la Universidad salmantina. La asamblea la recibe con grandes aplausos y es aceptada.

Tras concluir la sesión inaugural, todos los poetas asistentes al congreso se trasladan al Palacio de la Salina, sede de la Diputación Provincial, donde son recibidos por el presidente, Jerónimo Ortiz de Urbina, acompañado por el diputado Cajal. Asisten también a la recepción Joaquín Pérez Villanueva, el gobernador civil y el rector salmantino, Antonio Tovar. El presidente de la Diputación anuncia a los congresistas que la institución que preside publicará un libro antológico de los poetas asistentes al congreso, para «festejar y perpetuar el recuerdo del mismo». Tal publicación se llevó a cabo, en efecto.

En el patio del Palacio de la Salina, la Diputación obsequia a los congresistas con una copa de vino español, acompañada por una exhibición de bailes charros, interpretados por el grupo de Educación y Descanso.

Por la tarde, continúa el desarrollo del congreso y, a las seis, los poetas realizan un recorrido artístico por los monumentos arquitectónicos de Salamanca, guiados por el canónigo catedralicio José Artero, quien se encarga también de las explicaciones. A las siete, los congresistas se reúnen en el Campo de San Francisco, desde donde parten hacia el cementerio, a donde van acompañados por Pérez Villanueva y por los rectores madrileño y salmantino, Pedro Laín Entralgo y Antonio Tovar. Se congregan todos ante el nicho 340, que contiene los restos de Miguel de Unamuno. El canónigo Artero reza un padrenuestro y un responso por el eterno descanso del alma del escritor. Manuel García Blanco evoca las circunstancias de su muerte. Y Pedro Laín Entralgo lee un poema unamuniano. Al que sigue otro, leído por Rafael Santos Torroella. Tras el que distintos poetas continúan recitando poemas unamunianos. Y termina el acto de homenaje a Unamuno con ofrendas florales.

Por la noche, el Teatro Español Universitario (TEU) representa, en el patio de las Escuelas Menores, de la Universidad, *La zapatera prodigiosa*, de Federico García Lorca.

*Lunes, 6 de julio de 1953*

Comienza la sesión de trabajo del Congreso a las once de la mañana, en el aula «Fray Luis de León» de la Universidad salmantina, con una excelente lección de José María Valverde sobre la poesía de Miguel de Unamuno. Luis Felipe Vivanco, en una breve intervención, se muestra matizadamente de acuerdo con la exposición de Valverde.

A continuación, Guillermo Díaz-Plaja diserta «sobre la poesía contemporánea [catalana] actual, con profundo conocimiento del tema y exposición clara y objetiva». Se desarrolla después un debate y, durante su transcurso, diferentes congresistas –entre ellos Oreste Macrí– solicitan información sobre la poesía catalana; la dan varios de los poetas catalanes asistentes y participantes en el congreso; en concreto, J. V. Foix informa sobre determinados aspectos de la poesía social en la obra de jóvenes poetas catalanes.

A las doce y media del mediodía, los poetas realizan una visita a la catedral vieja y, en ella, al Museo catedralicio, donde contemplan las obras de los primitivos castellanos, como Fernando Gallego, Juan de Flandes y otros pintores anónimos; se detienen también ante el célebre órgano de Francisco de Salinas, que escuchara y evocara líricamente fray Luis de León.

Visitan a continuación el Patio de Escuelas Menores, en una de cuyas salas tienen ocasión de admirar la bóveda con la representación de las constelaciones celestes, obra de Fernando Gallego, restaurada por el Instituto Amatlla de Barcelona, y que fuera originariamente realizada en 1480 por el pintor para la bóveda de la capilla universitaria. El guía del recorrido artístico tanto por el Museo catedralicio como por el patio de Escuelas Menores es el profesor de la Universidad salmantina Rafael Lainez Alcalá, quien «con su elocuencia habitual» desempeña tal misión.

El acto de la tarde se celebra a las ocho en el patio del Colegio de Nobles Irlandeses. En él, el colombiano Víctor Mallarino realiza un recital de poesía española (Jorge Manrique, poemas clásicos, Bécquer, Machado...) y de una muestra de la poesía de su país.

*Martes, 7 de julio de 1953*

Esta tercera jornada del congreso se desarrolla en la comarca salmantina de la Sierra de Francia; en dos lugares de la misma: por la mañana, en la cima montañosa de la Peña de Francia; y, por la tarde, en la población de La Alberca.

A las nueve de la mañana, tres autocares parten, con los congresistas, desde el Colegio Mayor salmantino «Hernán Cortés» hacia la Peña de Francia. Llegan al santuario, en la cima de la montaña, a las once y media. Oyen misa, que predica el prior del convento dominico, P. Constantino Martínez. Al finalizar, acompañados por los dominicos, los poetas toman un refresco al aire libre y recorren los puntos más significativos de la cima, que cuenta con varios monumentos erigidos a partir del siglo xv en que se halló la imagen de la Virgen de la Peña de Francia, según la tradición legendaria.

Después, en el salón de actos de la nueva Hospedería, se realiza una nueva sesión de trabajo del congreso; la presiden Gerardo Diego, Eduardo Carranza, Rafael Santos Torroella, Carles Riba y el ya citado prior del convento. Víctor Mallarino recita «Los motivos del lobo», de Rubén Darío.

El poeta y representante mexicano Alfonso Rubio esboza la personalidad de algunos poetas de su país y recita varios de sus poemas; a la vez que lee un trabajo crítico sobre la personalidad y la obra de su compatriota Octavio Paz, «como la más representativa de la poesía mejicana contemporánea».

El profesor Luis L. Cortés Vázquez, de la Universidad salmantina, interviene a continuación, «para tratar de la poesía infantil y popular, siendo amenísima su charla», según nos indica una fuente informativa. En el refectorio de la Hospedería, los dominicos sirven el almuerzo a los congresistas. Y después se organizan, durante la sobremesa, diversas tertulias, hasta que llega el momento de la partida hacia La Alberca, para desarrollar el programa de la tarde.

A media tarde, entre las cinco y las seis, los congresistas descienden, en los tres autocares, a La Alberca, «todo él monumento nacional». Son recibidos por la práctica totalidad del vecindario con sus autoridades al frente, que les dan la bienvenida. Se dirigen a continuación los poetas al Grupo escolar, donde se halla un nutrido conjunto de mozos y mozas, ataviados con pintorescos trajes tradicionales.

Luciano Barcala, médico del pueblo, a medida que cada mozo o moza va desfilando por la tribuna, va explicando la extraordinaria riqueza y variedad de los trajes tradicionales albercanos, a la vez que diserta sobre las ancestrales costumbres de La Alberca; dentro de una sesión en la que predomina lo antropológico.

A continuación, entre fuertes estampidas pirotécnicas, surge la figura del Demonio, encarnada por un lugareño, «el tío Pablo Caetano», tal como aparece y actúa en la «Loa del día de la Asunción»; «el demonio —indica un periódico salmantino— recitó parte de su papel en la mencionada “Loa” con tal ardor, entusiasmo y propiedad que causó la más formidable impresión entre los congresistas, quienes le retuvieron durante largo rato con sus aplausos». La actuación del «Demonio» causó en los poetas una vivísima impresión.

Después los congresistas serían convidados al «trago albercano»: las mozas les ofrecen obleas y los mozos, vino, en unos vasos de plata conocidos como «barquillos», que llenan con la bebida que portan en unos recipientes o ánforas de cobre, llamadas «galletas».

En la plaza, con aire de fiesta y muy concurrida, ante los poetas, «se efectuó una exhibición de danzas y de disparo de cohetes al modo típico de La Alberca, no faltando entre los danzarines la figura de Mauro de Moggarraz, quien con los albercanos cosechó los más cálidos aplausos». Recorrieron después las calles y rincones de La Alberca y se detienen a ver la iglesia parroquial. Al anochecer, hacia las nueve de la noche, emprenden el regreso a Salamanca, tras la jornada serrana del congreso, llena de distintos ingredientes poéticos y antropológicos.

*Miércoles, 8 de julio de 1953*

La sesión matinal de trabajo del Congreso se desarrolla en el aula «Fray Luis de León» de la Universidad salmantina. En ella, Oreste Macrí diserta sobre la «Poesía italiana contemporánea»; cuando alude a la obra poética de Ungaretti y cita algunos de sus poemas más significativos, invita al poeta, allí presente, a que los lea. Giuseppe Ungaretti da lectura entonces «a dos de sus más bellos poemas», «lo que hizo magníficamente». La cubana Dulce María Loynaz pronuncia después una muy documentada conferencia sobre los «Antecedentes del Modernismo en Cuba».



*Carmen Conde habla en La Flecha a los congresistas, sobre la poesía femenina española.*

Por la tarde, a las cinco y media, los congresistas emprenden camino «hacia el bucólico rincón de “La Flecha”», el huerto que, junto al Tormes, tenían los frailes agustinos y en el que fray Luis de León sitúa el escenario de su obra dialogada en prosa *De los nombres de Cristo*. Allí, al aire libre, se desarrolla una nueva sesión de trabajo del congreso. Carmen Conde habla sobre la poesía femenina española. El nicaragüense Ernesto Mejía Sánchez hace lo propio sobre la lírica centroamericana. Y el profesor galo Jacques Mettra diserta sobre la francesa. Preside esta sesión Dulce María Loynaz, que se halla asistida por Gerardo Diego, Carles Riba, Eduardo Carranza, Rafael Santos Torroella y el rector salmantino Antonio Tovar.

El profesor Manuel García Blanco diserta sobre la figura de fray Luis de León y sus estancias en el ya famoso huerto de «La Flecha», y lee a continuación unos textos de Miguel de Unamuno que evocan ese paisaje tan literario, por lo asociado que está a la vida y a la obra de fray Luis de León.



*En el lugar de La Flecha los congresistas escucharon al profesor Manuel García Blanco que disertó sobre la figura de fray Luis y leyó los textos de Unamuno relacionados sobre el bucólico paisaje.*

El presidente de la Diputación Provincial, Joaquín Ortiz de Urbina, obsequia a los congresistas con un ejemplar de la publicación por tal institución editada: *Antología del II Congreso de Poesía*, con un texto lírico de casi todos los poetas asistentes y participantes en el congreso. En ese momento, se integran al grupo congresual el gobernador civil, José Luis Taboada, y «el subjefe provincial», José María Vargas Zúñiga.

Todos se trasladan entonces a una islita en el Tormes, frente a «La Flecha», conocida como «Los nombres de Cristo». Y, en una plazoleta natural de la misma, rodeada de chopos, se inaugura un monumento en honor de fray Luis de León, como homenaje que le tributa el II Congreso de Poesía, obra del arquitecto Eduardo Lozano Lardet; con una lápida conmemorativa, con la inscripción siguiente: «El II Congreso de Poesía / a / Fray Luis / Salamanca julio MCMLIII».

Se inicia el homenaje con unas palabras del gobernador civil, a las que siguen otras de Santos Torroella, secretario del Congreso, quien expresa la contrariedad de Pérez Villanueva por no poder asistir al homenaje, al tener que ausentarse de Salamanca. También dedica palabras de gratitud al gobernador civil y al presidente de la Diputación salmantina, así como

a los propietarios del huerto de fray Luis («La Flecha») y de la isleta, los duques de Montealegre, por las facilidades concedidas para la realización del homenaje al poeta agustino.

Carmen Morón lee, a continuación, los poemas de fray Luis de León «Oda a Salinas» y «La vida del campo», siendo repetido este último por Oreste Macrí, en su traducción italiana. Y Tomás Garcés uno suyo propio, titulado «Beatus ille», dedicado a Manuel García Blanco, que recrea el momento y que es a la vez un canto a Salamanca.

Al atardecer, tras la conclusión del homenaje a fray Luis de León, se produce el regreso a Salamanca de todos los congresistas.

*Jueves, 9 de julio de 1953*

Este día, los poetas emprenden su segunda salida por tierras de Salamanca. Se desplazan a Ciudad Rodrigo, donde se desarrolla la quinta jornada del congreso. Llegan allí a las once de la mañana y se dirigen al Instituto de Enseñanza Media, en cuyo salón de actos se desarrolla una nueva sesión congresual. Son recibidos por el director del centro educativo, señor Cuesta, y por el claustro de profesores.

Se trata de una sesión de lecturas poéticas, presidida por el director del instituto y su claustro de profesores, así como por los vicepresidentes y el secretario del Congreso de Poesía. Intervienen en la lectura de sus propios versos el surafricano Roy Campbell, el francés Luc Estang, el peruano Leopoldo Chariarse, así como el poeta español Gerardo Diego.

La sesión culmina con la lectura de sus propios poemas por parte de poetas catalanes, que intervienen en el siguiente orden: J. V. Foix, Clementina Arderiu, Tomás Garcés, Ricardo Permanyer, Joan Teixidor, Joan Perucho y Carles Riba, que cierra la sesión. Se completa de este modo la exposición teórica sobre la poesía catalana contemporánea que realizara en la sesión del lunes día seis Guillermo Díaz-Plaja.

Se trasladan después los asistentes al palacio de los Águila o del marqués de Altares, en cuyo jardín el alcalde de Ciudad Rodrigo, Muñoz Báez, con los miembros del Ayuntamiento en pleno y otras autoridades locales, da una recepción a los poetas, en presencia de los propietarios del palacio, los señores Bernaldo de Quirós, padre e hijo.

Eduardo Carranza, vicepresidente del Congreso de Poesía, primer secretario de la Embajada de Colombia en España y director de la Biblioteca Nacional de Colombia, preside el acto; como también Dulce María

Loynaz; así como por las autoridades locales de Ciudad Rodrigo: el alcalde, el director del Instituto, el juez de instrucción, el «jefe comarcal de Falange» y otras autoridades locales. El alcalde, Muñoz Báez, da la bienvenida a los poetas.

Tiene lugar una actuación folklórica en el jardín del palacio y, por el tablado, van desfilando parejas que interpretan danzas del Rebollar y tierras de Ciudad Rodrigo. Hay también mujeres vestidas con los trajes charros. Los poetas son obsequiados con «un lunch», servido, en los mismos jardines del palacio, por el Bar Universal.

La comida tiene lugar en el Parador de Turismo. Tras ella, a media tarde, en el claustro gótico de la catedral, los poetas tributan un homenaje al mirobrigense Cristóbal de Castillejo. Dámaso Alonso realiza una completísima exposición sobre la vida y las obras del lírico renacentista español, culminándola con la lectura de varios poemas de Castillejo. Finaliza el acto con una corona depositada ante la cruz, en honor del poeta, entre aplausos.

Máximo Martín, canónigo de la catedral, y el profesor del Instituto Mateo Prieto Sánchez realizan con los poetas un recorrido por Ciudad Rodrigo, dándoles noticias artísticas e históricas sobre sus principales monumentos. Ya de noche, emprenden estos el regreso a Salamanca.

*Viernes, 10 de julio de 1953*

De nuevo, es el Aula Magna de la Facultad de Filosofía y Letras, como ya había ocurrido en la de apertura, la que acoge la última sesión del Congreso de Poesía, que se celebra en la mañana de ese día. Ocupa la presidencia el rector de la Universidad salmantina, Antonio Tovar, quien representa a su vez al director general de Enseñanza Universitaria, Joaquín Pérez Villanueva. Se hallan también presidiendo varios vicepresidentes nombrados del congreso: Eduardo Carranza, Carles Riba y Gerardo Diego, así como el secretario, Rafael Santos Torroella.

Imparte la última lección Dionisio Gamallo Fierros. Trata sobre el I Congreso de Poesía, que -indica- no fue el de Segovia de 1952, sino uno que se convocara en Valencia en 1910, aunque terminara siendo realizado en el Ateneo de Madrid. Dio lectura después a dos poemas de Rubén Darío y al texto, hasta entonces inédito, del testamento del poeta, según el cual dejaba todos sus bienes a su esposa española Francisca Sánchez. También dio lectura a la lectura de la versión en forma narrativa en prosa

de «La tierra de Alvargonzález», de Antonio Machado, tal como fuera publicada en la revista *Mundial* de París, en 1912.

El colombiano Eduardo Cote Lamus propone que se haga constar en el acta un tributo de admiración a la memoria de su compatriota el poeta José Eusebio Caro, con motivo de cumplirse el centenario de su muerte, así como el envío de un mensaje de recuerdo a Camilo José Cela, uno de los organizadores del anterior Congreso de Segovia, en viaje por Hispanoamérica.

Rafael Santos Torroella propone que se haga constar en el acta un voto de gratitud hacia el italiano Oreste Macrí y hacia el belga Edmond Vandercammen por su labor de divulgación de la poesía española en sus respectivos países; voto que el hispanista italiano agradece emocionado. Acuerda también el Congreso enviar un mensaje de gracias a Azorín por el saludo remitido y leído en la sesión de apertura. Se constituye una comisión para redactarlo.

Y llega el momento de las palabras de gratitud por las atenciones recibidas, de felicitación por el desarrollo del congreso y de admiración hacia Salamanca, que son pronunciadas por el suizo Claude Aubert; el surafricano Roy Campbell, en nombre de los poetas de habla inglesa; el belga Edmond Vandercammen; el francés Luc Estang; el nicaragüense José Coronel Urtecho, en nombre de los poetas hispanoamericanos, la brasileña reverenda madre Anais del Niño Jesús, Carmen Conde, en nombre de las poetas españolas; Ricardo Permanyer, representando a los poetas catalanes; Marcelo Arroita Jáuregui, en representación de los poetas jóvenes españoles, y Dionisio Ridruejo, en nombre de los poetas españoles en general.

El rector de la Universidad de Salamanca, Antonio Tovar, cierra el acto con unas breves palabras en las que agradece, en nombre de Salamanca y de su Universidad, «el paso de los poetas por sus calles, convirtiéndola en ciudad poética viva» y en las que agradece la presencia de los poetas de otras lenguas y culturas europeas. Y termina su intervención, en nombre del director general de Enseñanza Universitaria, declarando clausurado el II Congreso de Poesía.

Todavía la jornada se prolonga, pues a las nueve de la noche, en el Ayuntamiento, tiene lugar un postrer acto, en una recepción de despedida de los poetas por parte de las autoridades municipales. El alcalde, Carlos Gutiérrez de Ceballos, acompañado por los concejales Gil Remírez y Giménez Ridruejo, saluda y atiende a los poetas.



*Estado actual en que se encuentra el monumento de fray Luis, donde han desaparecido los capiteles, el dintel se halla por tierra y la maleza se ha apoderado del lugar.*

Da lectura a un estudio, muy aplaudido, sobre los poetas que pasaron por Salamanca, a través de las casas en las que vivieron durante su permanencia en la ciudad. Y, en su exposición, va citando a Quintana, Meléndez Valdés, santa Teresa de Jesús, Torres Villarroel, Iglesias de la Casa, Ruiz Aguilera, Gabriel y Galán, Unamuno...

Tras la exposición del edil, intervienen Rafael Santos Torroella y Eduardo Carranza, para agradecer, en nombre de todos los poetas, las atenciones recibidas durante su estancia y expresar el gratísimo recuerdo de Salamanca que les acompañará siempre.

Los poetas son obsequiados con un vino de honor. Y, cuando la recepción está a punto de concluir, Antonio Tovar lee a todos el telegrama enviado por el escritor argentino Enrique Larreta. Termina de este modo el II Congreso de Poesía, celebrado en Salamanca entre los días 5 y 10 de julio de 1953.

#### PUBLICACIONES DEL CONGRESO

Una de las actividades del II Congreso de Poesía de 1953 fue la realización de una serie de publicaciones relacionadas con la poesía y con

algunos de los actos desarrollados en diversas jornadas del mismo. Se realizaron tres tipos de ellas: libros, cuadernos o más bien —utilizando un término hoy impuesto— «plaquettes» y, en tercer lugar, hojas o pliegos.

En cuanto a los libros, tenemos el de la *Antología del II Congreso de Poesía*, está editado por el Servicio de Publicaciones de la Diputación Provincial, en Salamanca, MCMLIII. Es el número X de las publicaciones de esta institución provincial.

Un libro de gran interés, publicado en el mismo año en el que se celebra el II Congreso de Poesía e, indudablemente, con él vinculado, es *Salvatgecor* del poeta catalán Carles Riba, en edición bilingüe. Lo traduce al castellano y lo anota Rafael Santos Torroella, secretario del congreso. Y, en la página anterior a la portadilla, aparece un «Retrato de Carles Riba, por Antonio Tapiés». Aunque lleva el rótulo editor de la Universidad de Salamanca, en realidad fue «Impreso en Gráficas El Tinell, Barcelona».

Varios fueron los cuadernos o plaquettes poéticas editadas y distribuidas entre los asistentes al congreso. Las *Poesías hogareñas*, de Miguel de Unamuno; conjunto de nueve poemas, uno de ellos inédito, bajo el rótulo editor de «II Congreso de Poesía, Salamanca. Julio. 1953». Así como *Soneto de sonetos*, de Diego de Torres Villarroel, bajo el mismo rótulo editor.

Y, por fin, algunos pliegos u hojas sueltas, como, por ejemplo, la intervención del Demonio en la «Loa a la Asunción de la Virgen», obra de teatro popular representada en la localidad salmantina de La Alberca, en las fiestas patronales de la Asunción, a mitad de agosto. O, también, la «Oda a la vida del campo», de fray Luis de León.

Con estas líneas, hemos querido plasmar, del modo más escueto posible, una sinopsis sobre lo que fuera el II Congreso de Poesía, celebrado en Salamanca entre los días 5 y 11 de julio de 1953.



## ANTOLOGÍA DE POESÍA



*Collage de fotografías de fray Luis de León y el Patio de Escuelas Menores  
de Florencio Maíllo.*



# El secreto de la serenidad

Juan Antonio GONZÁLEZ IGLESIAS

Es probable que el secreto de la serenidad solo se le revele a los que han pasado grandes zozobras. En el caso de fray Luis de León, eso es seguro. Pasan los siglos y su poesía sigue siendo la calma después de la tormenta. Él es para nosotros lo que los griegos y romanos eran para él: un clásico. Para hacernos una idea de lo que eso quiere decir, hay que prescindir de toda erudición y pensar en el manantial del que brota el agua que fluye. La claridad clásica está en él tan lograda que roza lo invisible. «Oh monte, oh fuente, oh río», escribió en uno de esos versos trimembres que desgranar el equilibrio como si nada. Su estética es una ética luminosa: «El aire se serena / y viste de hermosura y luz no usada». Si lo pensamos (y mejor que no lo pensemos) es terrible que él, uno de «los pocos sabios que en el mundo han sido», acabara encarcelado. Su cautiverio inquisitorial nos trae a la mente el destino de Sócrates y el ejemplo de Cristo. «Aquí la envidia y mentira / me tuvieron encerrado». Es el sufrimiento de tantos creadores de todos los tiempos perseguidos por el poder, del signo que sea. Así que no creo ser irreverente con ninguno de los dos si digo que el nombre de fray Luis de León es uno de los nombres de Cristo.

Entristece pensar que la denuncia saliera de las mezquindades universitarias. Sin embargo, consuela saber que recobró la libertad y que la universidad le abrió otra vez sus puertas, para que pronunciara su famosa frase, que seguro que la pronunció. Me gusta imaginar a sus alumnos ese día. También me gusta soñar cómo serían sus encuentros con uno de sus estudiantes, san Juan de Cruz, que entonces era solo Juan. Alguna vez mirarían juntos la fachada de la universidad o entrarían juntos en el aula cuyos pupitres siguen siendo rudos leños medievales.

Fray Luis avisa contra las insensateces de la naturaleza humana, que también estas se mantienen intactas, si es que no han crecido vertiginosamente. En plena cultura de masas, debemos escuchar al que nos previene sobre «la errada muchedumbre». ¿Qué diría hoy él, que tanto censuró el afán de dinero, de fama o de poder? Volvería a decir lo que dice. No olvidemos ni por un momento su amor por la soledad, que libera de tanto:

«... y a solas su vida pasa / ni envidiado ni envidioso». No olvidemos su defensa del silencio. Él sabe, como lo sabemos todos, una verdad elemental: que lo que cuenta al final del día es dormir bien. Solo que él lo pidió con un encanto único: «Un no rompido sueño». Cuando un hombre muy culto es capaz de hablar así, casi como un niño, entonces es un poeta.

Fray Luis tradujo la Biblia, cuando no se podía. Se arriesgó también con los paganos. Tradujo las *Bucólicas* de Virgilio, incluso la segunda, que nadie traducía por su tema. Es precioso el principio: «En fuego Coridón, pastor, ardía / por el hermoso Alexi, que dulzura / era de su señor...». El final no es menos sorprendente. Muestra la increíble modernidad de fray Luis, capaz de traducir la poesía deportiva de Píndaro y de ir más allá que Virgilio: «recobra el varonil vigor perdido; / haz algo necesario o de provecho, / ... que si te huye aqueste desdeñoso, / no faltará otro Alexi más sabroso». Qué castellano es ese «haz algo... de provecho», expresión que nuestra lengua conserva tal cual. Cualquier niño salmantino la ha oído de boca de sus padres. Son palabras que no están en Virgilio. Y qué castellano es «recobra el varonil vigor perdido», que fray Luis apunta también por su cuenta. Y, sin embargo, qué romanas las dos líneas, la de la utilidad y la de la virilidad, ambas dentro de ese sobrio erotismo virgiliano. ¿He dicho que fray Luis iba más allá que Virgilio? Pues sí, incluso en el gusto del amor. El más grande de los poetas romanos escribe únicamente: «encontrarás a otro Alexis» «invenies alium Alexin». El poeta castellano añade «más sabroso». Eso es la *Humanitas*, la empatía poética que nos pone en el lugar del otro.

Fray Luis acabó siendo el Horacio castellano, porque traducir –si se hace con tanta entrega– es ser. Escribió otra vez y para siempre el *Beatus ille*: «dichoso el que de pleitos alejado». Nos enseñó, como Horacio, a evitar los males innecesarios. Y eso no le quita su *Carpe diem*, que destella en los placeres más sencillos: «¡con cuánto gozo coge la alta pera, / las uvas como grana!». También tradujo a Píndaro, nada menos que la Olímpica primera, el poema más bello y difícil de la literatura griega: «El agua es bien precioso / y entre el rico tesoro / como el ardiente fuego en noche oscura / así relumbra el oro». Lo arcaico de Píndaro y lo antiguo de Horacio se transmutan en literatura moderna cuando fray Luis los toca.

Fray Luis tiene la estatua perfecta en el espacio perfecto. El pequeño rectángulo del Patio de Escuelas es un *hortus conclusus*, un huerto casi cerrado, como lo acotó Unamuno: «En este patio que se cierra al mundo». Jardín cincunmurado, igual que el verso de Shakespeare. En él los setos

son pétreos, la enredadera se llama crestería. En ese cuadrilátero logrado el poeta pone el *punctum*. No hay día que no me asombre esa estatua. Ángel Saiz González, uno de mis alumnos de Tradición Clásica, descubrió que la imagen de Fray Luis está tomada del Aristóteles que pintó Rafael en la Escuela de Atenas. Nicasio Sevilla se fue a Roma en pos de esa analogía, para desplegar en 3D al filósofo en la efigie del poeta. Aristóteles sostiene en su mano el volumen de la *Ética*. Fray Luis, unas hojas con poemas o la lección para la clase. Fue fraile y profesor, pero la estatua la tiene por poeta. La escultura lo honra a él, y, como en un espejo, honra a la Universidad y a la ciudad de Salamanca, y a España entera, que esa vez hicieron todas juntas las cosas bien. En la base de la estatua está escrito que se levantó por suscripción nacional. Un *crowdfunding* digno de los mejores *crowdfundings*.

Fray Luis se yergue aquí como poeta político. Si España no tuviera Constitución desde 1812, le bastaría para constituirse en nación democrática haber levantado esta estatua por suscripción de todos sus ciudadanos. En su bronce están expuestos los más nobles valores. Desde su altura el poeta nos mira sereno, dulce, piadoso con todos nosotros, los que nos quedamos abajo. En la Escuela de Atenas la mano de Aristóteles apunta hacia la tierra, mientras su maestro Platón señala al cielo. Nuestro fray Luis extiende su mano hacia abajo en un gesto de inmensa ternura. Mediador entre lo celeste y lo terreno, órfico como la música de las esferas, protege a todos los que se acercan a él. Parece que dijera: «mientras curo / los daños del veneno». La protección que brinda es absolutamente humana. Por eso le ha correspondido el raro honor de no ser un santo, sino un clásico. Sus palabras están disponibles para todos.

En el colegio (que se llamaba Fray Luis de León, como luego el instituto) nos enseñaron que fray Luis se inspiró para sus versos en sus retiros en La Flecha, la casa que los agustinos tenían a orillas del Tormes, cerca de Salamanca. «Por mi mano plantado tengo un huerto, / que con la primavera, / de bella flor cubierto, / ya muestra en esperanza el fruto cierto». Cuando uno baja hasta aquel paraje (de intrincado acceso ahora) no puede por menos que pensar que los desniveles de la tierra están dibujados en el hipérbaton: «del monte en la ladera». Ojalá este encuentro de poetas, que recuerda a otro encuentro de poetas, como el fuego que en la noche se comunicaban los centinelas, sirva para que volvamos a leer la poesía de fray Luis. Ojalá los niños aprendan de memoria algún poema suyo. Ojalá se recupere el sitio de La Flecha, porque no creo que hubiera lugar más ameno en el mundo. *Locus amoenissimus*,

lo llamaríamos. Lugar para el silencio, el amor, la siesta o la lectura: «Tendido yo a la sombra esté cantando». Cantaremos, aunque sea en voz baja, lo que se nos quedó en el corazón cuando lo leímos: «un día puro, alegre, libre quiero».

*Aquí está aquel a quien lees, a quien buscas, el Marcial conocido  
en el mundo entero por sus agudos libritos de epigramas, a quien  
tú, lector aplicado, le has dado en vida y en plena lucidez la gloria  
que raros poetas tienen después de incinerados.*

*(Marcial. Epigramas)*

*A Emilio Rodríguez Almeida*

Ramas de lino ardiendo  
recuerdan como pasa  
la gloria de este mundo,  
veloz en su destino antojadizo.

Raro como el poeta  
que acaricia la fama  
después de incinerado.  
Solo como el que tuvo  
el mundo por sombrero  
y los puentes, las ánforas,  
los mensajes secretos de la nieve,  
las estelas de Roma  
labradas en el muro  
como un libro de piedra.  
El Adaja y el Tíber,  
El Chico y el Trastévere.  
La herida en tinta china de Odiseo.  
La tumba de Viriato. Tantas cosas  
que no consigue el viento  
quitarnos de los ojos.

Ramas de lino ardiendo  
y el coro de los hombres  
contando tus hazañas cuando en vida  
negaban conocerte,  
impugnaban tu nombre,  
te robaban la sal y la memoria.

Ramas de lino ardiendo.  
Sic transit gloria mundi.  
Me quedo con tu voz enamorada  
cantando en viejas lenguas  
judías o moriscas o latinas.  
Con el último abrazo  
que tomamos del aire  
sabiendo que en el aire las cenizas  
de los viejos maestros  
son vencejos perennes  
que buscan en las piedras,  
como tú lo buscabas  
un ingrino refugio.

Ramas de lino ardiendo  
delante de los reyes, de los papas,  
de los raros poetas  
que orientaron sus pasos  
leves sobre la tierra,  
de los viejos maestros que vivieron  
cautivos de la luz.

Carlos AGANZO

*Mientras dices mi nombre*

Testigo es, a esta luz, tu voz que aun puede  
decir mi nombre con un temblor intacto,  
y te tiendo la mano para añadirte un día  
que, ya a solas, te fuese perviviendo,  
te fuese permuriendo mientras dices mi nombre  
como un poema póstumo  
que estuviese doliéndote sin que yo lo supiera,  
tan lleno el corazón que más no cabe.

María Victoria ATENCIA

## *Interrogación a la luna*

*... la luna cómo mueve  
la plateada rueda...*

Fray Luis de León

Teatro de luz lívida y tiniebla,  
plata, en la noche lenta, de la luna,  
entre nubes de plomo prisionera,  
carruaje de nieve en ruta oscura;  
lejana levedad de roca blanca,  
moneda errante de valor incierto,  
diorama de bruma iluminada,  
fantasma en soledad del universo,  
tú, que has visto mi tiempo consumirse,  
el fluir de su agua temerosa  
por el cauce del sueño y del insomnio,  
revélame el secreto, por fin dime  
qué queda de la vida en la memoria,  
qué queda en la memoria de nosotros.

Felipe BENÍTEZ REYES

## *Luna*

Ocurre solo una vez al mes,  
la Luna se llena de metáforas.

Acuna al niño entre sus cráteres,  
niño que nace con nostalgia.  
Y al niño deja sobre la arena,  
empujando la marea blanca.

Dos manitas muy pequeñas que esconden tesoros de plata.

Si miro al cielo la Luna cae y se hace Tierra,  
si miro al agua expulsa un verso  
y se levanta.

Andrea BERNAL

## *Respiración hacia la noche*

(A Eusebio Sempere)

¿En dónde está la noche, dónde existe  
sólo la noche?  
Hablo de la perduración.  
Se extiende allí la dicha en la desdicha  
y se anulan las sombras,  
la apagada alegría en el hueco invisible,  
segregados lo bello y el deseo  
(sin servidor el abolido).

Porque aún estoy en la cárcava del día,  
en donde el sol abrasa,  
y todo es flor, y día,  
y el ojo de mi frente ve las cosas  
irremisibles,  
y la severidad de la belleza  
me pide prestación como a un esclavo.

Alegría es la luz, el aire,  
la carne es alegría,  
y cuando se fatigan y apagan  
entonces son visibles.  
La luz, la carne, el aire, el daño.

No pude soportar el clamor de la dicha.  
Y un generoso dios  
me quebrantó el oído.  
Más está la memoria; sabe  
que hubo el ofrecimiento:  
la vida pudo ser.  
Por ello la amo tanto.

¿Y en dónde está la noche  
de la noche?

Francisco BRINES BAÑÓ

---

## A Fray Luis de León

Hay que nacer del hierro y del poema  
de la sierra escarpada,  
del anhelo sin tregua de sus cumbres,  
del vuelo sin testigos del espíritu,  
dejar en la pared  
unos versos humildes,  
sin codicia ni apetito del mundo,  
confiar los oídos al silencio  
para que te despierte  
el canto de las aves  
o el sonido de un órgano encelado.  
Hay que nacer de otra soledad,  
de la oración sincera,  
del río, de la fuente,  
de la vida que cada amanecer  
    — sin concesión alguna —  
te recuerda quién fuiste,  
quién eres todavía  
y, aunque haya pasado mucho tiempo  
desde que te enredó la mala suerte,  
te permite volver a tu tarea  
y pronunciar, con discreción de sabio,  
esa lección: *Decíamos ayer...*

Celia CAMARERO

## *Cuando llegue el poema*

Cuando llegue el poema que te quiero  
escribir, cuando acuda vivo y joven  
a los ojos primero y a las manos  
después, sencillamente,  
predicando que nada hubo más fácil  
que esperarlo, a pesar  
de haberlo hecho en un cuarto sin ventanas  
durante muchos años, desde siempre.  
Cuando llegue y te lea ese poema,  
y el poema envejezca y muera solo  
como un santo incorrupto y no sepamos  
dónde habita: si en ti, si en mí, si vaga  
entre los dos igual que una promesa  
que no puede cumplirse, cuando llegue  
y exija ser, no sé si voy a estar  
preparado. Pensarlo me atormenta  
tanto como temer que no vendrá,  
o que ya vino y no logré acogerlo;  
ahora no podré decirte nunca  
lo que sólo el poema, aquel poema  
que podría llegar como llegaste  
tú, de pronto, llenando de palabras  
el espacio vacío, lograría  
decirte como quiero yo decirte  
y que te digo así, mientras espero,  
con la urgencia y torpeza con que escriben  
todos sus versos los enamorados.

Ben CLARK

*Pensando en «La Flecha»*

Un día iré a tu huerto a oír agua sombría  
susurrando profunda entre álamos y rocas.  
(En el centro del páramo sientes música fría  
y pureza eternal en todo cuanto tocas.)  
Un día iré a ese espacio a ver de dónde brota  
la palabra o veneno con que el hombre conjura  
su condenada vida, la poesía: esa ignota  
melodía acordada con intensa dulzura.  
Un día cruzaré el desierto del alma  
y pondré en la penumbra mis labios en tu fuente;  
socavaré el silencio sonoro con mi calma  
y, estando en ti sumido, me sentiré ausente.  
Larga helada de invierno, breve ardor del estío,  
pero siempre tan puro a la hora del ensueño,  
huerto mínimo, lleno de trinos, con el río  
desgastando el dolor, despacioso, risueño.  
Y de noche mojado por estrellas distantes.  
(¡Siderales estrellas, luceros de Castilla:  
los ojos de los seres ya idos, navegando  
en mar de noche, fulgen desde remota orilla!)  
Y podré ver los álamos recibir la nevada  
o reunir los rebaños en tardes polvorientas,  
mientras hunden seguros, más allá, en la hondonada,  
sus secretas raíces, sin saciar, más sedientas.  
Penetra la raíz del ser en el profundo  
misterio de lo humano y turbado se siente  
ascender con la savia, hasta el techo del mundo,  
el corazón del agua, una música ardiente.

Antonio COLINAS

## *Ser un pájaro*

Ser un pájaro, un pájaro,  
y pasear vestido  
como un hombre  
sin sorprender a nadie.  
¿Quién no lleva las alas  
escondidas  
debajo del abrigo?  
¿Quién no ha deseado  
alguna vez  
    el poder ser un pájaro?  
¿Quién no preferiría  
poder salir volando  
cuanto antes de un mundo,  
que se cae a pedazos?

José CORREDOR-MATHEOS

## *Salir del hoyo*

Más allá del desahucio y de la ruina,  
del desaliento y la desesperanza  
con que el paro tortura nuestra mente,  
hay una voz que canta, allá a lo lejos,  
una canción, apenas perceptible  
en un principio, pero que contagia  
con su pulso de vida y de futuro  
a quienes la escuchamos, fascinados  
por la luz que transmite, y va creciendo  
en medio de las sombras, repartida  
en muchas voces más, resplandeciente  
como un amanecer.

«¡Arriba, amigos – dice –, que la noche  
empieza a flaquear! Se han visto signos  
en el cielo de que la oscuridad  
inicia su declive; los rescoldos  
de la hoguera común se han avivado  
y las brasas del fuego que perdimos  
vuelven a dar calor.

De nosotros depende que amanezca  
del todo, sin reservas, para siempre,  
y que el sol no se ponga, y que podamos  
salir del hoyo y trabajar en paz».

Y la canción se expande y se difunde  
por todas partes hasta ahogar las quejas  
de quienes tienen hambre y tienen frío,  
y acaba por brotar de sus gargantas  
como un río de cauce incontenible  
que destierra la angustia y la tristeza  
por un instante, y siembra de esperanza  
el desierto de nuestra soledad.

Luis Alberto DE CUENCA

## *Como Fausto*

Hoy me encaro con mi vejez creciente y su son que me desgasta el alma,  
he advertido señales en mi carne y en los vaticinios de los almanaques.  
Creo que ya he cruzado el Ecuador aunque no pueda ver la Cruz del Sur  
por esta abismal niebla de albayalde que me rodea impasible  
y lo que temo más es que me van dejando más solo cada día.  
Como un diamante era mi voluntad que se ha vuelto de barro  
aunque la he sujetado con fuerza y corazón, todo lo que he podido.  
Mi existencia también se ha ido descomponiendo, enferma de verdad,  
a pesar de que mi valentía quisiera retenerla, subirla, sostenerla.  
Comprendo que es muy grave que con prisa se me escape el tiempo  
y me vaya quedando rezagado, sin rumbo, vagando entre rutinas.  
¿Podréis darme unas cartas nuevas para navegar o un catecismo?,  
y saber dónde estoy, recobrando el vigor que me fue abandonando,  
porque las fórmulas que me receté sólo fueron consuelos y suspiros.

No me consume que mi extenso saber esté como al principio  
a pesar de mi sublime esfuerzo. Ni me duele la alegría que perdí,  
trabajando en curar a los hombres y salvando sus vidas sin rezar,  
sobre todo cuando nos invadieron las pavorosas pestes.  
(Las manos que hacen cosas acarician mejor, con precisión hermosa,  
y viven el amor solemnemente, quieren tocarlo todo para amarlo).  
No me ensombrecen aquellos días triunfantes, donde no se ponía  
ni el sol ni las estrellas ni la luna, aunque ya no me quede ni un instante  
para evocar sus fechas, ni tampoco para ponerme nombre en el espejo.  
Ni siquiera me desasosiega no tener ahora ni dinero ni nada de valor,  
ni honor entre las gentes, ni predecir las rutas influyentes de los astros.

No me hice nigromante por la incansable ciencia, por la perpetua fama,  
por el oro manando, por la luz perdurable en un cielo cerúleo,  
para poner los límites exactos de las cosas, poder casi crearlas.  
Todo lo hice, todo, por caminar al lado de los vibrantes jóvenes  
y convivir con ellos, bullendo y renaciendo, andando entre su fuego.  
No serían los mejores pero permanecieron siempre disponibles  
y no tenían en cuenta que mi envejecimiento trepara cotidiano.  
Nada podría saciarme ni aliviarme si al fin me desahuciaran.  
Por altanero me condenaré y por alimentar sin freno la quimera.

No quiero hacer conjuros tratando de evitar el sufrimiento ingente,  
ni ajustar nuevos aplazamientos, porque me queden cosas por hacer  
para no ser un náufrago penoso, en estas calles cada vez más tediosas.  
No pediré salvarme del olvido, ocupando un lugar en la tenaz memoria,  
de los muchos que estaban a mi lado y me vieron triunfando en el fulgor.

Qué me importa vivir noventa años o doscientos noventa si todos  
pasarán cada vez más veloces, aunque ignore mi día definitivo;  
sé que me estrellaré aunque las inocentes Margaritas me quisieran  
a contracorriente e incansables oraran para que me librara del infierno.  
Tampoco me preocupa que me hayan calumniado de absurdo  
caprichoso, Dédalo orate en este laberinto que deshago y hago  
en cada jornada. Me acusen de ser dueño de joyas incontables.  
Que entre los ciegos sea un tuerto destronado de percutido manto  
con sueños enconados donde vuelan los más terribles cuervos.  
Que me pasé la vida esperando al demonio para pactar con él.

Julio DE MANUELES

## *Desván de la memoria*

Hay un desván, dentro del pensamiento,  
donde piden posada los olvidos,  
las cosas, las palabras, los sentidos,  
todo lo que navega a barlovento.

Aquello que quedó sin sedimento,  
desahuciado de amor, sin apellidos,  
muertos con existencia, fallecidos,  
pero vivos en un compartimento.

El jarrón que he querido y ya no quiero,  
el libro que leí bajo un olivo,  
aquel beso perdido sin memoria,

el nido del verano en el alero.  
Todo se guarda en un inmenso archivo  
formando la verdad de nuestra historia.

Carmen DE SILVA

## *Anochecer del 13 de agosto*

*Ciudad de México, 13 de agosto de 2000*

Hay millones de personas rodeándonos, y yo  
puedo alcanzar apenas mi recuerdo, vivir  
su lentitud si la lentitud existe. Ellos dos son  
las tardes de domingo, un pulcro sentimiento de tormenta,  
el aire entre un avión y los techos de asfalto.

Lentamente anochece en esta lluvia:  
es culpa de la calma y de la luz amarilla.

Fernando DÍAZ SAN MIGUEL

## *Por acoger tu cuerpo*

Un valle de verdes silencios  
es el sitio de mi querencia.  
Con el alma en luz, me adentro  
en la fronda donde moras,  
senda en que todo acaba y comienza.  
Renaces en cada ser que respira,  
eres el petirrojo posado en la hoja del Til,  
el santuario vegetal donde  
mariposas y pájaros,  
la levedad de sus diminutos cuerpos pasean.  
En este lugar ameno  
mi palabra se hace oración y plegaria,  
en él busco, soplo de alas que me envuelvan  
y encontrar la fuente donde mana lo más puro.  
Que este refugio,  
sea donde tus brazos de aire me encuentren.  
Salvada del pútrido nicho,  
descansas en la luz de todos los amaneceres,  
vencedora tú de la muerte.

Elena DÍAZ SANTANA

## *Arca de la alianza*

Gaudí: *Cripta Güell*

Una mano de luz sostiene esta estructura  
que levita entre el aire y lo invisible.

Navega la sublime crestería.  
Arca del bien. Cripta de la alianza.

Solo llueve una danza de rocío  
y no cae: a la deriva asciende  
por un cielo de piedras de color.  
Espirales enérgicas, equilibrios de humo.

Las palmas suaves de los querubines  
de la gracia se posan en la tierra  
y elevan con su sueño, en tensión  
indecible, este edificio ingrávito.

Arboleda de alas. Mariposas de luz.  
Abovedada música celeste.

Llega a la almohada pura de la tierra  
el gemido más bello del amor.

Plegarias: este es el punto sacro  
donde la realidad es ya toda irreal.

Silencios circulan en ojivas,  
galerías, vitrales. Multicolor murmullo.

Se abren las puertas al coro de la gloria.  
¡Toma asiento bajo tu techo, Dios!

Alejandro DUQUE AMUSCO

## *Volver a Tetuán*

Tardes vestidas de ti  
impetuosas, abren cielos  
asomándose pudieras  
al encuentro desconfiado,  
vagando en tu vientre  
evocador instante  
en la certeza de tus labios  
nafragio de mi perdición.

Como aires que no regresan,  
incesante búsqueda de serenidad  
fluyen ansias consumadas  
en la sosegada mañana  
tiñe silenciosa su primavera  
avanza insumisa a mis besos,  
amándote como los vientos  
como furia serena de palmeras.

Evocaré mañanas de caricias  
lamentaré furtivos besos  
que nunca pude legarte,  
invadiré mi vida de ti  
de la ausencia temblorosa,  
esa fútil emoción alargada  
como rizos de agua  
en la despejada lluvia,  
en la inquietud de vida  
huésped de la corteza  
cautiva de tu mirada.

Pensé que regresarías  
serena, para abrazarme,  
calmar la frialdad  
de tu ausencia como estaca,  
las mañanas de asfalto

con olor a cauce en tu mirada  
como nube obsesiva  
que agita mi lluvia  
como ausencia de silencio  
en ese ritual del viento  
con melenas rojizas  
cuando el cielo se peina  
en el espejo de tu mañana.

Reduce el tiempo con suave  
y obsesiva sed su anochecer,  
descalza se asomó esa mañana  
con besos adolescentes  
bañados en nostalgias  
en el ardor de una ventana  
que asoma a traición  
en la hermosura del día  
tras huir sorprendido  
en el clamor de tus deseos.

Como un tenue puñal  
despierta el sol en tu vientre,  
ese paisaje de aromas  
discurre al borde de mis deseos  
huele a tierra mojada  
a sombra que acecha  
a turbio amanecer  
a designio de muerte  
a humedad de tus besos  
cuando cae rendida  
la mojada sombra de tu mirada.

Abderahman EL FATHI  
(Marruecos)

## *Los fantasmas*

Aquellos que dibujaron el viento desnudo  
olvidaron sus sombras en el cuadro

Aquellos que circundaron la noche  
los sueños se les escapó

Aquellos que se adentraron en el silencio  
el pozo los derrotó

Aquellos que rompieron el espejo  
descubrieron su dispersión

Aquellos que apuñalaron el vacío  
El eco los cercó

Aquellos que no hicieron nada  
descubrieron que no son nada

Mezouar EL IDRISI  
(Marruecos)

*Siempre*

He cogido su mano.  
Qué extraña sensación  
cuando la aprieto.  
Tengo su mano fría entrelazada.  
Sé que la despedida está más cerca  
pues el tacto es más seco, más duro, más terrible.  
Siempre tendré su mano  
muriendo entre las mías.  
He cogido otra mano con los años.  
Un dedo, dos. Luego toda la mano.  
Su frío es otro frío,  
su tacto es otro, es nuevo.  
Hay un paso tan sólo hasta su boca.  
Me quedo con su tacto como con un perfume.  
Este frío es distinto. Es un calor oculto  
aún inmaduro. Verde.  
Un calor que boquea, que germina.  
Es otoño esta tarde.  
Es la primera tarde del otoño.  
Cojo sus manos blancas como plata  
con los dedos delgados como espigas.  
Su mano con mi mano  
abre un mundo sin sombras,  
un recorrido nuevo, un lugar apartado.  
Se ha acelerado el ritmo de mi pulso,  
es el tramo final, resolutivo.  
Tienen las manos siempre  
la humedad de la espera,  
la misma que los labios al juntarse  
decididos, abiertos, entregados.

Ignacio ELGUERO

## *Infinitamente blanco*

Y de esto mismo se conoce también que hay dos maneras o dos diferencias de nombres: unos que están en el alma y otros que suenan en la boca.

(Fray Luis de León. *De los nombres de Cristo*)

Como luna que argolla el cielo de nevadas  
al amparo del cordón del firmamento.  
Como alba agrietada tras el monte  
que derrama la lava de su incendio.  
Como música que afiebra el escuchar del salmo  
en que sosiega el mundo su desprecio.  
Como lino que destila arroyos sobre el tacto  
cual rutilante y calmo alfar de vientos.  
Como nube que arranca cánticos al cosmos  
redoblando en su afán la luz del cielo.  
Como lirio ebrio cobijado bajo el ritmo  
de las aves ante el eje dócil del invierno.  
Como río fúlgido, como sangre lívida,  
como barco, como águila, como silencio...  
Como áurea hostia del trigo de los campos,  
infinitamente blanco es mi amado en el desierto.

Asunción ESCRIBANO

---

## *Con el alma en barbecho*

### *El pan*

#### I

Con el alma en barbecho,  
adormecida,  
vengo a encontrar la tarde,  
a que abras mi tierra con tu arado,  
a regar con tu lluvia  
los surcos de mi espíritu.  
A que esparzas simiente  
con tus palabras  
en el mullido suelo de mis días,  
en cada sementera del camino.

#### II

Germina en el terruño de mi pecho  
el amor de tus brotes,  
soportas mis sequías,  
me arrancas la cizaña,  
permities la amapola entre la espiga.  
Y afilarás las hoces  
cuando cumplan los tiempos de mi siega.

#### III

Ahora que la parva  
se amontona en las eras,  
pasarás con tus trillas  
para romper mis dudas.  
A la espera del viento,  
quiero entregar mi grano, cuando abientes,  
en las sacas repletas de fanegas.

Y llegar al molino  
desnudo con mi esencia  
en las primeras horas  
de la nueva mañana.  
Tus piedras molerán estas hechuras,  
resurgiré con flor de harina  
ya libre del salvado.

IV

Y con tu levadura  
creceré en la tahona.  
La fuerza de tus puños ya me amasa.  
En el horno seré nuevo alimento.

### *El vino*

V

De nuevo soy esqueje entre tus manos.  
Me clavas hasta el fondo  
y agarran mis raíces.  
En nuevas primaveras  
injertarás tu aliento  
en mis varas estériles.  
A tu lado me olvido  
de la nocturna helada,  
del acecho terrible del granizo,  
de las enfermedades  
y de las plagas.  
Aprenderé a llorar  
en la premonición de cada tallo.  
Descubriré las pámpanas  
que aminoren rigor en cada agosto.

## VI

Ahora soy sarmiento de tus vides,  
racimo de tus viñas,  
un fruto ya maduro  
del mes de octubre  
que habrá de ser cortado.  
Acudes a la plaza  
a por tus jornaleros,  
reconoces espuestas  
que anuncian abundancia.  
Ya suena la navaja de la vendimia,  
el carro ya triunfante en la bodega.  
Y el lagar que esperaba  
revierte mosto.

## VII

Estoy en la tinaja que fermenta  
mi materia. Seré casi divino  
cuando llegue a sentir la barrica de roble.  
Me has convertido en caldo  
de tu mejor cosecha,  
de la perpetua añada.  
Y después en la mesa  
seré regalo.

*El bronce*

## VIII

De una sima profunda  
me rescataste,  
me arrancas con tus manos del infierno.  
Has bajado a la mina  
para buscarme.  
Yo descubrí la luz ante tus ojos.

Sólo puedo servirte.  
Ahora que tu amor me quema tanto  
quiero encontrar tus manos como molde,  
como pieza preciada del orfebre  
que se funde en la fragua.

IX

He de subir contigo hasta la torre,  
lo más cerca del cielo  
y acariciar los nidos  
de tus cigüeñas.  
Presentiré el relámpago  
en la noche cerrada.  
Voy a aprehender primeros  
resplandores de luna  
y el sol entre acertijos de la piedra.  
Divisaré trigales y majuelos  
que cuidas más allá de las murallas.

X

En un eterno jueves  
tañeré muy despacio,  
por toda la ciudad, tus bendiciones.  
Recorreré los huecos  
de cada corazón atormentado,  
de cada gratitud, de toda la esperanza,  
mientras juegan los niños  
a la vida, en la calle.  
Voy a alabar por siempre tu ternura,  
Voy a gritar al mundo tu presencia.  
Y llegaré a los mares,  
al confín inicial  
donde empieza y termina cada tierra.

*La cera*

XI

Me posaré en tus flores  
para libar el néctar de la aurora  
y embriagar de fragancia  
esta presencia.  
Para verter el polen del estambre  
que ofrece tu frescura  
en las suaves celdillas  
que bordean tu trono.  
Llenaré tus panales de abundancia,  
de mieles de romero  
del aroma mejor.  
Laboraré en praderas cada mayo  
y en las viejas majadas  
para acudir al reino  
que en tu amor se me ofrece.

XII

No me resistiré ante tu llama  
ni voy a rehuir de tus incendios  
que arrasan el espíritu  
para purificarlo.  
Voy a pegarme al fuego que me ofreces.  
Quiero sentir el pábilo  
que apuntala mi noche.  
Ser parte de la luz  
que me ilumina.  
Arderé con pureza chispeante  
entonando la alegre  
sonata que me salva.

XIII

Y al consumir reservas  
que combatan mi noche,  
tornaré a los caminos  
en abandono  
para guiar viajeros  
aún extraviados  
que lleguen a tus puertas.

*Adoración*

XIV

Sólo ante Ti  
¡oh Cuerpo desgarrado  
en el molino!  
¡Sangre de los lagares  
de racimos pisados!  
Sólo ante Ti ¡oh Cristo!  
Sólo ante Ti me postro.

XV

En el trigo, la uva,  
el pan y el vino,  
en el bronce sonoro  
de las campanas,  
en el cirio que hicieron las abejas,  
en el rastro oloroso de las flores.  
En todo estás presente  
y Tú eres todo.

Te encuentro en la capilla,  
Presencia omnipresente  
que te regalas.  
Vertido en los griales

confortas al sediento  
y en las patenas llenas  
mitigas las hambrunas.  
Amor de cada amor  
y de cada mañana.  
Tan sólo en tu presencia  
jamás existe el odio  
y cada corazón  
no para de expandirse  
entre el género Humano.

XVI

En la creación entera,  
Cuerpo resucitado  
desde la cruz amaste  
al Padre como Hijo,  
al Hijo como hermano  
y abasteces en aguas de bautismo  
al Espíritu Santo.

Fermín FERNÁNDEZ BELLOSO

*En la oscura celda aquellos días*

*Renueva la noche  
cierta semilla oculta  
en la mina feroz que nos sostiene.*

*Álvaro Mutis*

Un haz misterioso de luz hendida  
besa el terco rincón que hiede a ausencia  
y mansamente roza la quietud  
la frente fría de la oscura estancia.

Los vencejos camuflados en las sombras  
picotean con frenesí los pómulos del cielo negro  
y abre la noche en sus tenebrosos ojos  
deshilando en lo profundo  
la ternura incierta de algún abrazo.

Etéreas presencias se acumulan  
como sigilosas efigies que se alzan  
esculpidas por el veneno de las horas.  
No son más que mensajes invisibles  
hurgándole en el pecho  
el frío inmune de los viejos claustros.

Un cerco de buitres se sustenta  
en el aire acuchillado por el miedo,  
mientras unge plumizo  
un sopor de ingratitud  
la vasta soledad del abandono.  
Quizás bocete enhebrando  
con la oscuridad embutida en los adentros  
la íntima interpelación que desabriga  
con eternidad el aliento de la tarde.

Sobre el jardín más oscuro del silencio  
se entrega a desnudar entre palabras la memoria,  
mientras hurga en soledad  
la vivencia implícita de un verso  
que retumba en su voz como presagio,  
como sueño inacabable que le torna  
al apacible entorno de las aulas.

José Manuel FERREIRA CUNQUERO

*Retorno a mi ciudad*

Entre los muros de mi casa  
mi fiesta de silencio  
para rememorar tu historia  
y tantos enigmas de mi vida.

Mi adolescencia abrió sus ojos  
y se encontró con la solera de tus piedras,  
se hizo costumbre el sol de invierno  
que brillaba sobre el blanco frío  
y cubría mi joven alma.

Y en atardeceres otoñales  
sobre una floración dorada  
de iglesias y colegios y palacios  
huye el mismo sol  
a esconderse entre las cúpulas.

Y luego volví y te encontré renacida  
como un recuerdo amado  
que hubiese caído en el olvido.  
Aparecías hermosa joya  
guardada en tus murallas.

Te habían crecido los brazos  
y, después de años en mi cercano exilio,  
me acogían tus manos delicadas.

Renacía una nueva vida  
saturada de miradas, afanes y esperanzas.  
Desde el balcón de mi edad madura  
mis ojos abarcaban tu cuerpo luminoso  
fecundado por el Tormes.  
De día el sol cruzaba viejos puentes  
y las torres se miraban en el agua  
con el fondo azul del cielo castellano.

Por la noche florecían tus luminarias  
y ardían las catedrales  
que lanzaban flechas  
al firmamento estrellado e infinito.  
Aquí y allá en lo oscuro  
hogueras de hombres y de siglos  
que vivieron en tus casas y andaban por tus calles  
y dejaron huellas de vida y de pasiones  
de saberes y de arte.

Esta tarde a la hora del crepúsculo,  
sentado al borde de mi vida  
me llega una visión entre la bruma  
de lo que viví y sentí y amé  
y vuelvo a vivir...  
en el corazón de tanta piedra.

Luis FRAYLE DELGADO

*Nuestro libro de horas*

Nuestro libro de horas, nuestro libro  
esta mañana de verano, un día  
del siglo *xxi*,  
es este, sigue siendo este muy rico  
libro de nuestros días que se van,  
estudiantes de pronto profesores,  
en piedra hojas y generaciones  
de los hombres, es bello  
pensar en la mañana  
de un día de verano  
del siglo *xvi*, en que un poeta  
y un poeta un momento  
antes de entrar por esta puerta miran  
juntos esta portada con asombro.  
Inevitablemente se detienen.  
Son profesor y alumno. Tienen nombres  
sencillos, Luis y Juan. El estudiante  
será santo. El maestro  
mirará para siempre esta portada,  
esa será su forma  
cercana quizá laica de ser santo.

Juan Antonio GONZÁLEZ IGLESIAS

## *Nadie ha notado nada por ahora*

Desde que tú no estás  
hay un cuerpo asomado a mi ventana,  
pagando mis facturas, acudiendo  
puntual al trabajo.

Hay un cuerpo montando en bicicleta,  
colocando mi ropa en los cajones,  
calentando la leche.

Un cuerpo que contempla las palomas  
al conducir, que tose, que suspira  
cuando nota que hay algo que le falta.

Un cuerpo que al mirarse en el espejo  
solamente ve un cuerpo  
mirándose al espejo.

Vencido de antemano,  
como quien va a la guerra,  
hay un cuerpo que empuña un lapicero  
y toma una hoja en blanco  
y me grita que deje de esconderme,  
que —al menos esta noche—  
repose en él, lo meza  
o si prefiero invente  
algún verso y le dicte, por ejemplo,  
que:

*este lunes  
la luz es más propensa a la esperanza  
y acuden los jilgueros  
a beber de sus labios...*

o me ponga sincero y reconozca  
que hay un cuerpo perdido entre mis sábanas,  
deshabitado y frágil,  
echándonos de menos a los dos.

(Lo que tu nombre tiene de aventura)

David HERNÁNDEZ SEVILLANO

*Vislumbre de beatus ille*

Frente a las ruinas de la ermita pesan  
las palabras, ya sólo habladurías,  
no hay tanto para qué ni tanto  
que a la larga; en el claro, la soledad  
es un árbol, un ave que en el cielo,  
altísima, planea, un madrigal  
de Monteverdi. Cuanto se te confió  
habrás de proteger, es agua  
bautismal; tu tarea te excede:  
que la carga del tiempo despierte  
en esta hora la semilla y sea  
otra la mirada. No debes,  
además, redimir su memoria  
para que así, sin menoscabo  
alguno, prevalezca. No dejes  
el cuidado aunque, sin asidero,  
el viento vaya por las ramas y escape  
en lo sutil: no puedes conocer  
lo que trasciende ni asomarte  
a su nombre. Con lentitud de invierno  
un corazón en descampado, llenas  
de noche todavía las pupilas:  
dónde hallarán su término por estas  
soledades y dónde, en lo escondido,  
se saciarán con agua, en un latir  
que se derrama y no pueden coger.

Fermín HERRERO

*Cántico en Castilla*  
[Algunos fragmentos] para Fray Luis de León

Aquí, alguna vez, estuvo el mar,  
balbuceaba en sus venas  
un rumor de raíces.  
Posó en tu soledad  
sus pies sin sombra.

Plegado el sol sobre la tierra  
para pensar el asombro de los mapas,  
sus redes, sus nervaduras,  
y el paladar del viento,  
para empezar a aprender que nunca iba a ser tarde.

Caparazones, cápsulas, guaridas,  
lomas donde se esconde  
el cuerpo que germina silencioso,  
la diáspora, su tierra prometida,  
su brillo de salitre y abalorio.

Remotas las ofrendas,  
la música callada,  
donde el cielo no llega a abrigar sus despojos  
excava la esperanza  
manantiales de plomo.

[...]

Por llanuras y sierras, umbrales y collados  
más allá de los campos donde muere la aurora  
germina la nostalgia de una selva lejana,  
la diáspora, con los bolsillos llenos de bayas  
para sembrar en alguna parte alguna vez.

Paisajes sosegados, abandonados  
sin balizas ni bengalas,  
senderos de la niebla sin nosotros,  
rincones de resistencia  
donde descansan las palabras usadas.

Me acordaba del deshielo en las salas de espera,  
de cantos rodados  
y ecosistemas milenarios,  
en el largo pasillo que siempre desemboca  
en un póster gigante con cascada.  
Caminas pero sabes que no te sobran pasos,  
campo a través, batir los pastizales  
donde los desahuciados duermen en el umbral del frío.  
Despierta, ahora que sabes  
cómo avanza la disolución.

Madeja, enjambre, bruma,  
llora tu sangre llena de caracolas,  
y en la maleza buscas sendas, prados,  
cumbres para ahuyentar  
el miedo de los ojos.

[...]

Amalia IGLESIAS SERNA

## *En la materia oscura*

*El hombre no tiene ni un solo compañero durante la  
marcha a través de ese accidente llamado vida.*

Mahabharata

El antes fue no amor  
y no amor será el después  
con certeza,  
¿por qué, pues, lamentar  
el no amor del presente,  
que delimita  
el cerco del abismo?:

flotamos solos  
en la materia oscura.

Te miro desde la muerte  
quiere decir:  
soy, como las flores, ciega.

Aunque el perfume  
se manifiesta.

Clara JANÉS

*El Cristo olvidado*

Allí, al fondo de aquella iglesia, en la pared  
más blanca y más desierta, al frío de la noche,  
iluminado apenas por un resto de luz  
que viene de la farola encendida en la calle, el crucificado  
se esconde. Ya nadie va  
a aquel desván, nadie quizás sabe  
que sigue allí, aunque ése sea  
su lugar. Solo, reza para que  
nadie lo vea, para que nadie le  
pida nada: ¿qué respuesta habría de dar  
a quien lo buscase? ¿Qué promesas encendería  
en la mirada de los desesperados? ¿Dónde encontraría  
luz quien vive en la oscuridad? Pero  
allí está; y cuando pienso en él me pregunto  
si no debería quitarlo de aquella pared, o, por lo menos,  
si no debería ir a aquel desván, mirarlo a los ojos  
blancos de la muerte, y consolarlo, por poco que  
sea, con mi presencia.

## *O Cristo esquecido*

Ali, naquele fundo de igreja, na parede  
mais branca e mais deserta, ao frio da noite,  
iluminado apenas por um resto de luz  
que vem da lâmpada acesa na rua, o crucificado  
esconde-se. Já ninguém vai  
àquele desvão, ninguém sabe talvez  
que ele ainda ali está, e no entanto é aquele  
o seu lugar. Sozinho, reza para que  
ninguém o veja, para que ninguém lhe  
peça nada: que resposta poderia dar  
a quem o procurasse? Que promessas acenderia  
no olhar dos desesperados? Onde iria encontrar  
a luz para quem vive na escuridão? Mas  
está ali; e quando penso nele pergunto  
se não o devia tirar daquela parede ou, pelo menos,  
se não deveria ir até esse desvão, olhá-lo nos olhos  
brancos da morte, e consolá-lo, por pouco que  
seja, com a minha presença.

Nuno JÚDICE  
(Portugal)

*La vida retirada*

Conozco el filo agudo de la espada  
de piedra, el círculo prohibido  
del agua oscura del pozo. Tatuaje  
del silencio. Luna oprimida.  
Escala de Jakob por donde huyen  
los sueños de los ángeles rebeldes.  
Túnica y vuelo a mano alzada.  
Trompeta vegetal que mece la enramada.  
Gallos de sol con las plumas de oro pálido.  
Gallinas que no ponen huevos  
sino duros granizos que golpean  
las tejas por donde entra la lluvia de otros vientos.  
Oh Dios, oh fuerzas que destrozan  
los cacharros de la humilde cocina teresiana.  
Las cazuelas repletas de oraciones  
y cebollas,  
el pan negro de cada día  
sobre la mesa.  
Fuegos artificiales. Los débiles imploran.  
Los fuertes temen la ira oculta de Dios,  
su voz ardiendo entre las zarzas.  
Oh Dios, esta noche no llames a mi puerta.

Manuel JURADO LÓPEZ

## *Himno a la claridad*

A cambio de mi vida nada acepto.  
¿Qué se puede ofrecer que valga más  
que el calor de la llama, que la espiga  
convocada a ser grano, que la noche  
que dentro ya contiene el joven día?

Escucho mis pisadas sobre el suelo.  
A lo lejos, alguien también las oye.  
Tañido lastimero de campanas  
en su oído. Eco de brasas tiernas  
en el mío, que todavía es temprano  
y en el cuerpo palpita el pulso errante.

Me pongo por testigo en esta hora,  
cuando la lluvia lava más que riega  
y los libros liberan más que nutren.

¿A qué esperáis? Encended los caminos,  
que empapen bien los ojos. Recorredlos  
mientras haya una lumbre en los pulmones,  
mientras un niño aguarde su ocasión  
de convertirse en hombre, mientras verbos  
de orígenes distantes desemboquen  
en una voz unida, mientras reinen  
las noches que nos prenden, abrazad  
el destello arcilloso de la tierra  
que es nuestro hogar común,  
el verdadero.

A cambio de mi vida nada acepto,  
aunque sepa — muy mal que me pese —  
que no siempre es el justo el encumbrado.  
La luz es un oficio fugitivo,  
impenitente en su aversión al óxido.

Aun así, yo me aferro a esta urdimbre,  
a esta pila de huesos que me suman,  
a este rayo en proceso, presentido  
en su persecución de lo inefable.  
La profecía acampa frente al cielo  
con los párpados tersos y se afana  
en avanzar en base a lo avanzado.

Que nada nos detenga. La llamada  
del infinito debe obedecerse.  
Soberana inquietud que nos animas,  
enséñanos a merecer el néctar  
de estos días que nos tocan. Muéstranos  
un modo de luchar contra el vacío  
de este dulce interludio. Que la fe  
en la alegría posible no abandone  
ni la razón despierta ni el recuerdo.

Sé que tengo sentido porque vivo,  
y sé que no hay dolor ni menoscabo  
que puedan inmolar esta fortuna  
de ser en el presente, de existir,  
de sentirme el orfebre del instante.

Yo soy mi propio riesgo. Doy por cierta  
la sed de infinitud que me espolea.  
Ante el placer de respirar me postro.

No hay verdad más profunda que la vida.

Raquel LANSEOS

## *Gatos en Moratalaz*

Una verja,  
dos mundos,  
  
aquel, el descampado,  
este, el callejón,  
  
ambos, el mismo,  
  
más alguien,  
  
quien sea,  
que se ocupa  
  
del agua y la comida  
en unos cuencos.  
  
Así, desde hace años.  
  
Desde siempre.  
  
Lo demás,  
que no importa,  
  
viene y va.

Christian LAW PALACÍN

*De una pieza*

No evites, corazón, morir de nuevo,  
no dejes que el silencio te prolongue  
la vida. Habla, habla, y nunca seas  
cruel con lo que sientes ni lo olvides.  
Cuando se obre el milagro que desgrana  
los hechos hasta hacerlos infinitos,  
no evites preguntarte dónde fue,  
en qué instante supisteis que vivir  
no tenía sentido sin el otro.  
Esmérate en la épica imposible  
de la minucia, vuelve a recrearte  
en la belleza del lugar común;  
todo cuanto os ocurre lo conoces,  
es único por eso y para siempre.  
Alimenta el dolor si hay dolor,  
y cada día cuida de que el fuego  
esté avivado, al menos al principio,  
mientras el río fluye tiernamente  
hasta su trágico final. No evites  
contar luego la historia con detalle  
para poder morir en el futuro  
con las fuerzas intactas. Sé valiente,  
ofrécete y ten algo que ofrecer.  
Es así como llegan de una pieza  
los corazones que han amado mucho.

David LÓPEZ SANDOVAL

*El libro, el claustro, la sandalia, el viento...*

El libro, el claustro, la sandalia, el viento,  
quisieran serenarse en armonía.  
Serenidad quisieran para el día,  
para la noche, sosegado aliento.

Fray Luis va pensativo y soñoliento:  
y busca a Dios, perdido entre los nombres,  
oscuro entre la cárcel y los hombres  
que le acechan en cátedra y convento.

Fray Luis en Salamanca esconde el fuego  
del ayer no olvidado, y decidido,  
se hace vena en la piedra salmantina.

Oye a Salinas. Se retira luego  
al mañana más ciego y escondido.  
¡Fray Luis de luz, de soledad y encina!

Mercedes MARCOS SÁNCHEZ

## *Por desnudar la belleza*

En la ascética morada  
donde tus restos se encuentran  
hay un vuelo refrenado  
a la *Finca de la Flecha*.

Cuando en la retirada calma  
de la tarde que declina  
viste fuego la colina  
y el sol ya se adormece...

el transparente manto  
de la brisa que acaricia  
despierta los sentidos  
y tu aura viste henchida.

Alma libre, ya, del cuerpo  
de lo terreno despega  
y aferrándose a lo etéreo  
a lo divino se entrega.

En la aceña, junto al río,  
lavas promesas yertas  
que la Inquisición denunciara  
por desnudar la belleza.

*El Cantar de los Cantares*  
derramando sin licencia  
jugo de amor en cáliz  
de las tinajas más frescas.

El deleitoso paisaje  
con olor a hierba fresca  
besa tus pies descalzos  
hacia el monte, en la ladera

y en el silente delirio  
de tus renombradas cátedras  
serán grito compartido  
tus puntuales palabras.

Con el impulso adherido  
a esta oda que emana  
el vuelo ya reprimido,  
tras ocho siglos traspasa

y entre lo humano y divino,  
a la paz le pone a alas  
que sostienen en el aire  
la libertad en tu aula,  
la frase que pronunciaras:  
«Como decíamos ayer...»  
diremos, así, mañana.

Leonor MARTÍN MERCHÁN

## *Dedos fugitivos*

Árnica.  
Árnica.  
Árnica.

Piensa en la clara aurora gemela.  
El mundo es nuestra única escenografía.  
A los flaneur mi abuela Estrella  
los llamaba «satélites». Aquellos mismos ociosos que giraban  
en torno a Sócrates.  
Plusvalía, plusgoce.  
¿Marx o Lacan?  
No exaltarse, no empequeñecerse.  
El realismo es lo que todavía no ha decidido  
qué es la realidad.  
La imaginación es únicamente renunciar  
a toda esperanza futura.  
El mundo es el poema recitado por los sueños  
de la vida interior. Vía única. Estaciones,  
cambios de agujas, apeaderos abandonados,  
paso a niveles. Los cables de alta tensión  
leen en voz alta las coordenadas para quienes nos hemos perdido.  
No existen versos más largos  
que las líneas desdibujadas de las manos.  
¿Qué sabemos de la poesía en nuestras camas  
abandonadas? Yacemos entre la blancura de las húmedas  
sábanas y la dulzura de las salinas.  
Y el amor que no sobra, que es escaso y evasivo,  
sirve, además, para morir más cómodamente en la vida.

¡Descálzate!  
¡Déjame lavar tus pies  
con agua fría!  
¡Descálzate!  
¡Déjame acariciar la planta,  
el empeine, los dedos fugitivos!

Las dos piernas ensangrentadas reposando sobre las rodillas  
de María Magdalena. Los pies desclavados.  
Ella llora y mira al cuerpo del hombre  
abandonado por la Divinidad, su Divinidad.  
El eje entre las piernas de ella y las de Él forman  
una A invertida. Ella lleva puesto un traje  
verde esperanza y se le ve, muy desapercibidamente,  
un pie pintado y otro semioculto. Unas líneas  
para inventarse unas sandalias de novia,  
unas redecillas para cubrir la impudicia de los pies al fresco.  
*Pietà*. Uffici. Perugino. Siglo xv. La pasión erótica,  
el amor carnal. El pintor lo resumió todo en un gesto  
desapercibido, oculto por la muerte y la resurrección.  
Magdala, una aldea de pescadores. Myriam  
que en hebreo significa María. Y en la genealogía de Jesús  
aún hubo muchas más mujeres: pecadoras, extrañas, fatales.  
Tamara, Rahab, Ruth, Judith, Herodías y la  
mujer de Urías, Salomé. Magdala tan desapercibida en los  
mapas de aquellos tiempos y en los nuestros  
de ahora mismo. En el evangelio apócrifo  
de Felipe, la muchacha tiene un importante papel.  
Según el redactor, Él la besó pues el Salvador  
la amaba con desesperación. ¿Fueron las de Canaán sus  
bodas? ¿Acaso Judas tuvo celos de ambos? Un crimen  
tan horrible sólo puede llevarse a cabo por desamor,  
por desatención, por burla, por desesperanza.  
Otros decían que aquella bella muchacha era pecadora por el simple hecho  
de leer la *Torá*, en una época en la cual las mujeres  
no tenían derecho al conocimiento ni siquiera de ellas mismas.  
Mujer emancipada con el cuerpo muerto y gangrenado entre sus piernas.  
Mujer emancipada. Pero ¿quién emancipa al dolor?

Árnica.

Árnica.

Árnica.

¡Descálzate!

Y en el *Cantar de los cantares* como de lecho en lecho, de sueño en sueño.  
Y en los libros de Samuel, David con los cien prepucios filisteos

enamorado de su cuñado Jonatán.  
 «Él le amaba como a su alma»  
 ¿Un escriba homosexual urdió esta venganza?  
 Magdalena quiso con la misma fuerza.  
 Inmundos hasta la tarde si el semen o la sangre menstrual  
 se derramaban sobre sus cuerpos. Inmundos hasta  
 la tarde. La poesía es un diario de la vida interior.  
 Y al desnudarnos nuestra alegre lucha como  
 en la *Ilíada*. Los poemas no son suficientes para el convencimiento.  
 Lo sabía desde que Ovidio me advirtió.  
 Provocar el viento para dispersar  
 las nubes de nuestra mente.  
 Uno de noviembre, carta desde Amor de Dios.  
 Playa de Balcobo, a la misma hora que el desprendimiento,  
 desierta y escondida para los amantes indefinidos.  
 Y todo lo que no me diste se lo llevará  
 el búho que está entre las piernas de la aurora  
 en una de las tumbas de los Medici.

¡Descálzate!

Atraparé tus dedos fugitivos.  
 Nos asomaremos a ver esta nieve que viene desde  
 el Sniezka.  
 Ningún día más memorable que en el que se compuso  
 el *Cantar de los cantares*. Y toda muchacha debería leerlo,  
 pues ella misma es la amada.  
 Aquella inacabable angustia aún hoy permanece intacta.  
 ¡Qué sabemos de poesía en estas camas abandonadas!

Árnica.  
 Árnica.  
 Árnica.

Piensa en la clara aurora gemela.

Árnica.  
 Árnica.  
 Árnica.

Y el búho entre las piernas de la aurora florentina,  
de la aurora que ya le cuesta amanecer junto al Arno.

La vida es un poema,  
el aceite hirviendo que se derrama sobre la huella de las cosas.  
La vida es un poema volcado por la sublimación.  
Y, mientras tanto, contemplamos cómo la nieve cae  
como un maná en la misma Magdala de antes  
y de ahora.

Árnica.  
Árnica.  
Árnica.

¡Adiós! Amadme siempre  
y hacedme sufrir aún mayores males.

Á  
r  
n  
i  
c  
a

César Antonio MOLINA

*La mirada*

Saciado estoy de la mirada de la piedra;  
está siempre observándome  
con ese poso de siglos que conduce hasta el origen,  
que sabe demudarse en lo más breve,  
lo que se desconoce si no miras  
a la profunda densidad  
que en su materia dibuja

un rostro invadido por la sed del tiempo.

Se difunden las huellas que recorren  
los caminos desde la intimidad.

Se hace presencia el miedo de la noche  
que en sus balcones ríela  
con la clara victoria de la luna.

Saciado estoy y aún quedan más deseos  
de brotar en esa calma desasistida  
que derrocha con fuerza la inquietud,  
una malentendida serenidad  
bañada de peligroso abismo.

Está la mañana despertándose  
entre los brazos lentos de septiembre.

José María MUÑOZ QUIRÓS

[*Sola*]

**Sola, en medio del patio, la mujer**  
cuenta el número exacto de galaxias,  
de piedritas mordidas por la duda  
y la respiración de los insectos.

Cae del lenguaje pobre de la tarde  
un sintagma ulcerado y residual  
en la boca paciente de los claustros,  
pero si ella camina hasta las puertas  
hay un rumor profundo de raíces  
bajo el tenaz granito de los días  
y los escapularios del ciempiés.

¿Cederán las cancelas de la noche?  
¿Camino y no ceguera o barricada?  
¿Cercanía que es cuerpo y convicción?

De la escritura, tan presuntuosa,  
caen los últimos restos de ceniza  
y las niñas se mojan los tobillos  
en el agua que salta y chapotea.  
Para ellas, los escudos, las volutas,  
los libros circulares y alargados,  
la floración miniada de las hojas  
en que inscribió su sangre el alfabeto,  
la exaltación veloz, los aldabones,  
la llave prodigiosa del después.

María Ángeles PÉREZ LÓPEZ

## *En el aire, en la tierra y en los frutos*

*Sin duda, muchos de entre nosotros nos hemos preguntado a veces cómo se habría operado aquella especie de relevo de dioses, qué clase de agitaciones o angustias lo habían precedido o habrían nacido del mismo, o también qué anhelos habría suscitado.*

Marguerite Yourcenar: *El tiempo, gran escultor*

Amo el dios que tú amas.  
 Aunque otra sea mi lengua  
 y otras muy distintas tus costumbres,  
     le rezamos y adoramos:  
 tú delante del fuego,  
 yo, en el interior de un templo  
 con olor a siglos y humedad.  
     Ambos pensando  
 en la hora de reunirnos con nuestros ancestros  
     en el bienaventurado paraíso.

Aunque tuyo, tu dios me pertenece.  
 No te lo arrebaté en un combate  
 ni te lo hurté de entre los humos de un altar.  
 En alguno de tus sueños, que también son míos,  
     lo hallé.  
 Y tú, sin siquiera proponértelo,  
 descubriste que mi dios era bueno,  
     tan bueno que lo hiciste tuyo.

La cara de nuestro dios  
 está hecha a nuestra imagen y semejanza,  
 porque así queremos que sea:  
     humana y poderosa,  
 capaz de guiarnos y ayudarnos  
 como guiamos y ayudamos  
 a quienes nos necesitan.

Evocando a mi dios  
sembré y coseché las duras tierras de los pobres.  
Llamándolo a ciegas  
y clamando por su bondad  
enfrenté enfermedad y muerte.  
Y celebré, al final de la vendimia,  
el nacimiento de mi primer vástago.  
Soy feliz sabiendo que mi dios me protege,  
que por muchos dolores que reciba,  
por muchas pruebas que me imponga,  
jamás me abandona.

Y sé que tu dios hace lo mismo contigo,  
que te ayuda a vivir  
y a morir con la misma esperanza.

No sé quién eres pero creo en tu fe.

Hurgando en la nieve  
hallé un ídolo de piedra, toscamente tallado  
por ti.  
Y tú, entre las ruinas de una ciudad  
saqueada,  
hallaste otro que fue mío.

No importa que nadie se acuerde de ellos.  
Al fin y al cabo ellos siguen vivos.  
Vivos como vivimos tú y yo  
en el aire, en la tierra y en los frutos.

José PÉREZ OLIVARES  
(Cuba)

*Vendimos el mundo**Para Nona Domínguez*

Nona me cuenta  
que en su huerto vislumbra ya los frutos  
que arrancará en septiembre con sus manos.  
Nos consuela pensar que no está lejos  
el día en que por fin  
eso sea lo único que la vida nos mande:  
una dulce mañana  
cara a cara con la felicidad.  
Entonces desearemos  
leer al mediodía  
la página marcada de un libro ya leído.  
No tener que escribir.  
No acordarnos siquiera  
de que existe la envidia. Que reliquias  
adornaran de necios los baúles  
mientras madura fruta cultivada  
por nosotros trocara esfuerzo por materia  
sin dinero, sin asco, sin codicia.  
Ni querer ni buscar, únicamente darnos  
al arte complicado de vivir la armonía  
sin haber malgastado  
en lo útil el tiempo de aprender.  
Sólo sol y cadencia nutrirán nuestro tiempo.  
Tendidos frente al río,  
la vida congregada en las arterias,  
oiremos aquel íntimo rumor en nuestro pecho  
y podremos entonces celebrar  
que pudimos tener el mundo en nuestras manos  
y lo vendimos al mejor postor.

Antonio PORTELA

## *Vive tú en la alta noche*

Todas las noches son la misma noche  
Desde la noche aquella en que mi abuelo  
Me enseñó las estrellas, tiempo de oro,  
Me pronunció sus nombres,  
Pues ya quedé imantado para siempre  
Por la magia del cielo,  
Los puntos constelados por la luz,  
Los murmullos del agua allí en lo oscuro  
En los regatos hondos,  
La canción de los grillos  
Ocupando el espacio,  
Como haciendo temblar el universo  
En una sideral respiración.  
Ésa es la noche de mi paraíso.  
Noche de la coruja  
Y del heno segado con guadaña  
En los prados que bajan a los ríos,  
Aromas de la hierba  
Que pierden su humedad para secarse,  
Aromas del misterio  
De las constelaciones,  
De las hojas que tiemblan en las ramas  
Movidas por la brisa.  
Y esos dedos hermosos, invisibles  
De la divinidad  
Acariciando el mundo.  
Yo te conozco, noche,  
Desde mis años niños,  
Sé mirar en lo alto  
La estrella más lejana, la del norte,  
Sé intuir en lo oscuro  
El alma de las cosas  
Que se halla en la quietud de las paredes  
De la sala en que duermo, en una alcoba  
Amiga de la cal.

Yo te conozco, noche, desde entonces,  
Desde aquella pobreza  
Tejida en el cendal de la alegría  
Con hebras consteladas  
Del misterio del aire, de la brisa,  
Del murmullo tan puro del regato,  
Del canto de los grillos  
Imantados por todo lo celeste.  
Sé pronunciar las Tres Marías,  
Sirio y Aldebarán,  
Camino de Santiago,  
Las Cabrillas, las Osas me reclaman  
Hacia los altos cielos,  
Todo me lleva hacia la plenitud  
En que se halla la dicha del origen.  
No me abandones hoy,  
Tú, cordero inocente,  
Busco siempre tu reino de bondad  
Desde que habito el mundo.  
Vive tú en la alta noche  
Y que nadie aniquile nuestro espacio  
De la fraternidad.

José Luis PUERTO

## *Caballo*

He pasado la noche junto al abrevadero  
acechando al caballo con el que un día habré  
de entrar en Materón después de la batalla.

El mío es un caballo aún sin nombre que ignora  
la codicia terrible de su propia belleza.  
La noche lo confunde con su vasta heredad,  
ese oscuro dominio que los dioses acotan  
para que los mortales jamás puedan hurtarles  
las criaturas celestes, hijas sólo del sueño  
de su divinidad, impuro por ajeno.

Pero sé que vendrá. Los dioses le impusieron  
la sed como un absurdo y cruel sometimiento  
y eso lo hará más débil a la ocasión furtiva.  
Él no sabe que existe porque la noche enturbia  
las aguas en que abreva y lo entraña en sus sombras,  
carnazón de la hulla, grupa fría del alba.  
Sin embargo, yo sé que basta una palabra  
para que un potro cobre conciencia de su estirpe  
de lumbre y le arrebatase su perfil a la nada.

El hombre que bautiza con su nombre un caballo  
lo hace suyo al instante y no habrá ya enemigo  
que lo monte si antes no le arranca sus sílabas.

He pasado otra noche junto al abrevadero  
acechando el barrunto de su trote, aguardando  
lo mismo que un cuatrero el resuello caliente  
de su ansiedad, el roce tan tierno de sus belfos  
con el agua. Y en vano, toda la noche en vano.

Cuántas veces el alba traicionó mi ambición  
mostrándome mi reino de Corambo arrasado  
por las guerras absurdas que yo mismo declaro  
contra mí combatiendo mis huestes con el tiempo  
para aplazar así un día la victoria.

Yo sé que no entraré jamás en Materón  
sin mi caballo y sigo por eso procurándole  
valor al enemigo, cobardía a mis tropas.  
Materón ha caído cien veces bajo el yugo  
de mi mano y cien veces renuncié a su bandera.

Un caballo está hecho de su propio deseo  
como el mar de la oscura posesión de su abismo.  
La palabra lo hará tan cierto como el sueño  
maldito de la muerte. La sed es mi aliada.

Aguantaré por eso otra noche en mi empeño  
y al alba será mío, mucho más que mi sangre.  
Esa mañana mismo entraré en Materón  
aunque ya nadie quede que celebre mi triunfo  
y mi caballo cruce solitario sus puertas  
sometiendo las sombras, ajeno a la victoria.

José Antonio RAMÍREZ LOZANO

## *Accidente*

He perdido una mano. Fue en el hierro,  
a las puertas, así ferroviarias, del lugar  
del poema —almazara o colegio—.  
No la vista, gracias, y así me hubiera  
izado en gloria Santa Lucía bendita  
con su racimo de ojos. Pero no,  
fue la mano derecha al hilo de lo verde,  
espanto, al movimiento eléctrico  
que aprisionó los huesos, quieta en la reja,  
sellada contra el muro, dolorida  
al crujiir sin sangre de su perfecta estructura  
articulada. He dejado la mano aquí,  
a las puertas del hilo de la gloria,  
cuando el sauce rasgado  
apuntaba hacia el sur la primavera  
y el mirlo del estudio, rápido, un trino  
abría por el muro cerrado.  
Fue así, una mañana luminosa  
en el intento —¿tú? ¿el inútil?  
¿quién te manda?— de dirigir las luces  
del camión del fuel. Así, sin cargo,  
por ese sesgo que nos mide el destino.

Era la mano del pan y la navaja,  
la mano del poema, de acariciar  
el lomo de los libros, pero sobre todo  
—tú sabes—  
era la mano que tantas veces yo  
había dejado dormida sobre las dunas  
alzadas de tu cuerpo...

José Manuel REGALADO

*(La lengua de los otros)*

Quiera la noche que este idioma  
de herrumbres y murmullos cárdenos,  
que en duermevela me musita  
la canción de la noche,  
no me abandone nunca,  
ni me ofrezca desnudo a la otra lengua  
bajo el pretexto de la vida.

Quiera el oscuro mar que guarde  
en el acuoso intento de mi respiración  
el arcaico compás de la tormenta  
donde aún naufragan las palabras  
que nunca se dirán.

Quiera el errante viento no otorgarles  
la forma de otro cuerpo,  
ni otra voz que me enuncie,  
ni que me represente  
más allá de la gruta  
donde habito sin nombre,  
sin causa y sin materia

Quiera el verbo del mundo ser el eco  
de un eterno silencio que amalgame  
el azar y el destino,  
la reverberación de un filamento  
que vibra en el olvido igual que en la memoria,  
punzada monocorde  
de un laúd que acompaña la canción de la noche  
con la que me resisto a la otra lengua:  
la lengua de los otros.

José Ramón RIPOLL

## *L'algérienne*

Túnez, el 30 de marzo de 2018

Tenía rostro virginal  
e inconfesables intenciones.  
Le adornaba una blanca  
languidez ensimismada  
cuando inclinaba la cabeza  
ante cualquier eventual  
circunstancia imprevista,  
pero sabía recomponer  
a tiempo su imagen  
cuando debía demostrar  
lo que era capaz de dar de sí  
en cualquier cuerpo a cuerpo imaginado.  
Y era admirable de ver su absoluta  
transformación cuando se colocaba,  
con estudiado estilo, sus clásicas  
y negras lentes de pasta fina,  
que le otorgaban un *look*  
de chica intelectual, deportiva  
y moderna, con cierto toque de *femme*  
*fatal* y seductora displicencia femenil.  
Teñía de rubio su negra cabellera  
para conseguir trocar su imagen  
y parecerse a quien tanto amaba.  
— Sorpréndeme. — Me decía.  
Pero jamás se dejaba sorprender.

No me extrañaría comprobar  
que domina  
el arte de la bilocación,  
porque me pareció verla  
en distintos contextos  
cuando la imaginaba  
en diferentes lugares.

Sus dedos, largos, finos  
y delicados lograban mantener  
mi atención cautiva de sus gestos  
y obsesionada mi razón  
por poseer la clave oculta  
de sus deseos, por desvelar  
el interrogante escrito en su piel.

Poco a poco, sin apenas decirnos  
adiós, terminamos por alejarnos  
de la posibilidad de convertir  
en realidad los sueños y esperanzas.  
Guardándonos simplemente el recuerdo  
de una irrepetible noche mágica  
en la que interpretamos personajes  
que no éramos, en lugares que nunca  
debimos conocer, excepto en sueños.

Basilio RODRÍGUEZ CAÑADA

FEBRERO es un cristal  
que se disuelve en el agua.

La niebla se recoge  
como una alfombra turca en la trastienda de un zoco.  
Sobre las palmatorias de las casas  
se despiertan los brotes.

En el amanecer de los sentidos  
el silencio transporta  
las iluminaciones de la noche,  
el centelleo precario del espíritu.

No se acaba el diálogo del viento con las hojas,  
no se acaba el diálogo de las estrellas  
con los libros de la sabiduría.

Afuera, en la ventana, se acurruca  
como un pájaro enfermo la memoria de Dios.

Basilio SÁNCHEZ

*En la profunda calma*

A veces esta calma  
en la que sé quién soy, en la que soy  
éste y todos y nadie y cada uno,  
me sobreviene, llega,  
desciende — ¿desde dónde? — sobre mí  
sin motivo ni aviso.  
Y yo, que iba deprisa, me detengo,  
y me quedo mirando cada cosa,  
sintiéndola, escuchándola.  
En torno está, además, mi vida entera:  
más que nada, la infancia, su color,  
su sonido tan limpio, sus olores;  
y lo que vino luego,  
el amor y el dolor y la alegría,  
hasta llegar a este momento de hoy.  
Todo es presente vivo y palpitante  
que quisiera ser dicho.  
Y yo no quiero sino pronunciarlo.  
De la quietud, entonces,  
van brotando palabras.

Eloy SÁNCHEZ ROSILLO

## *Fray Luis de León es visitado en la cárcel por un patio*

No recordar si hubo Salamanca,  
si hubo Patio de Escuelas,  
si hubo Luis de León;  
no recordar, cautivo entre cenizas,  
si hubo una mano ciega en el teclado,  
si hubo ladera, Flecha, huerto, río,  
si en algún sitio de éstos hubo un pozo,  
si hubo una noche abierta a las granadas.

Todo se me ha hecho frágil:  
la memoria que tengo de los pájaros  
es un dedo de vidrio,  
un sorbo transparente,  
una fruta colgada  
en el cielo de junio,  
pero no sé, no sé:  
tendré que preguntar si existió aquello.

He aquí que entre mordaza y miserere  
se me filtra una música extremada  
como de mano ciega:  
cautivo entre carbones,  
se me filtra una música extremada  
y sueño, lejos, árbol;  
sueño muy lejos yo, muy lejos: río  
con las orillas y las nieblas de oro.  
Decidme si fue cierta tanta gloria,

Si fue cierta la noche silabeante,  
la que arrastraba aromas y no garfios,  
temblor de trébol, no congoja viva,  
pasos sedosos, no trampal de azufre,  
mesa bien abastada de luciérnagas.  
Díganme que es verdad aquella noche  
y en vez de esta escudilla cuarteada  
puede entrar un otero de aires vírgenes.

Si hubo monte, ladera, huerto, música,  
acaso fui yo otro entre frutales  
y, en otro tiempo mío, acaso el tiempo  
antes de hacerse cárcel fue regazo.

Pero no sé, no sé, estoy tan confuso.

¿Hubo en algún lugar un hombre libre?  
¿Hubo un patio tallado en un diamante?  
¿Hubo la plenitud prieta de un pájaro?  
¿Hubo Salinas y su mano ciega?  
¿Hubo una noche, un pozo, un huerto, un río?  
¿Hubo una voz con tornasol de águila?  
¿Hubo algo más que un sueño entre carbones?  
Estoy confuso, estoy tan, tan confuso...  
Tengo que preguntar si existió aquello.  
Para salvarlo de la mordedura.

Antonio SÁNCHEZ ZAMARREÑO

## *Hasta donde tú sabes*

Hasta donde tú sabes, el tiempo se diluye  
como el trino de un pájaro al inicio del alba,  
mientras quedan sus ecos borrosos, colindantes,  
cuando aún no has podido recorrer el silencio.

Porque todo es así, hasta donde tú sabes,  
fugaz y pavoroso, una suerte de lucha  
con la propia certeza, oscuro itinerario  
para quien sigue huyendo con su sola palabra.

Y si el tiempo termina, no prolongues la hoguera.  
Hasta donde tú sabes, nadie vuelve del fuego,  
ni logra que la lluvia traspase sus cenizas.  
Porque todo es así a cambio de estar vivo.

María SANZ

*De Fray Luis de León al Maestro Salinas*

La luz no usada  
suena, suena, suena  
en la música de todas las ideas  
movidas en sus notas por esferas  
que obedecen, Salinas, vuestro son.  
Las sílabas del aire, ¿de qué son?  
¿Y de qué color es el paisaje  
de vuestra partitura, que es lenguaje  
en el que veo escrito vuestro don?  
Aquí os envío mi impresión.  
Id con Dios y guardad este mensaje:  
todo el dolor del mundo, que es aguaje,  
puede ser objeto de canción.

Jaime SILES

## *Anoche*

Anoche  
el diablo vino a verme.  
Anoche  
tres golpes de estopa  
rugieron en mi colcha.

Grueso toro negro:  
dos ojos,  
cuarzos sangrados  
a un palmo de mi rostro.  
Aspiro tu vaho lechoso  
por los poros de los labios,  
por las palmas de los párpados.

Bestia rota:  
ungüento  
en ágatas ahumadas.  
Del pecho te nacen  
cien vientos amargos  
y aún te cuelgan de la nuca  
las astillas del hayedo.

Y veo cómo  
por tu rostro  
los alaridos del pasado  
prendidos de tus pómulos  
enfrían a su paso los cogotes  
con el dolor del alba  
en las mejillas arrugadas.

Anoche,  
el diablo,  
anoche,  
dos troncos por brazos  
atravesando  
mis costados.

Ave atormentada:  
me miras un triste graznido  
y te quedas en mi boca  
hasta escurrirte en venas.  
Hasta correrme por el pecho caliente  
que a solas se escondía  
de la desnudez de la arcilla.

Y me late tu garganta  
dentro de las arterias hinchadas.  
Tu boca de broza,  
una bomba ahogada de sequía  
se me abalanza sobre los ojos,  
y mis ojos que arden  
con las manos te levantan  
los ojos roídos.

Anoche  
el diablo vino.  
Anoche  
no me trepó  
la oscura noche.

Tu cola herida se enrosca  
por las patas de la cama  
mientras tu mar cenizo me cerca.  
Y veo entonces  
a la ballena lenta  
circulando el estruendo en silencio  
bajo las aguas de la estancia.

Citrino de escamas  
el hervor ennegrecido de las olas.  
La piedra de luna  
que balancea una cadena de plata.

Glicinas duras  
asomadas con sus trenzas  
por las heridas  
de las claraboyas entornadas.

Anoche.  
— Anoche —.

Eres toda la belleza  
que la tierra ha asido con los dedos,  
que el agua ha probado en su boca.

Toda la belleza  
que una mujer  
en su llano orgasmo pausado  
ha sostenido entre los muslos.

Romina TORREALBA TORRE

*A Fray Luis de León*

Suzhou, China, mayo de 2018

En este huerto al margen de la vida,  
en el rumor del viento sosegado,  
percibo los sonidos de tu nombre.  
Dirijo al monte mi mirada. Todas  
las criaturas en él sus ojos abren.  
Despiertan, perezosas, y sus pasos  
al río encaminan. En sus aguas  
contemplan su figura un breve instante.  
Las aves su cantar tienen de amores.  
Una fuente el compás del movimiento  
con sus cristales marca. Ahí te encuentro  
nuevamente. Tu larga cabellera.  
Tus manos puestas a la lira. Tu oro  
de piedra del lugar donde traduzco  
las palabras que dices a mi oído.

Juan Ángel TORRES RECHY

## *La fiel pregunta*

Perdido en sus memorias tiene Adriano  
el confuso clamor de una conquista  
que se eterniza en mármol egoísta,  
indemne al recio vendaval romano.

Pues no logra tener el sobrehumano  
sacrificio del Nilo ante su vista,  
para que no existiendo siempre exista,  
imagen talla de su amor tirano.

Suelta la mano de su dios inerte,  
se va el emperador ante el espejo  
y allí su soledad se hace destino.

Solo tiene ante sí, más que la muerte,  
la fiel pregunta del amante viejo:  
¿De qué pudo tener memoria Antino?

Luis Enrique VALDÉS  
(Cuba)

## *El sujeto nosotros*

*... he aquí un objeto de malas proporciones.*  
Szyborska

—Queridos míos, lo intuís libidinalmente:  
aquel sujeto es poco espeso, improvisado,  
y más bien transparente — como nosotros:

Una piel delgada y frágil, rosada o negra,  
sensual — es verdad, pero nunca caparazón  
o casa para aislarse de la guerra o la bondad;

Piernas cortas o también largas — sin hablar  
de atletas semidioses —, para caminar  
por el globo terráqueo sólo sobre dos pies  
cansinos, inseguros, tropezadores;

Una reptiliana columna articulada  
que lo sostiene como torre de aire  
o fuego: armadura de jarabe y polvo;

Una cabeza instalada en aguja de cuello  
bamboleante, como corcho en el agua,  
en donde dormitan despiertos deseos de poder;

Unas manos vacías de pulgar opuesto  
al resto, con las cuales construye infinitos  
hacia los cuales viaja sin naos ni puertos;

Unos ojos que envejecen como papel periódico  
— así sus oídos, atentos a la luz de melodías  
y sombras en tinta: con ellos fabrica dioses;

Una sexualidad de especie anfibia menor,  
reproductora, en veces de juego y fiesta,  
a ratos deleitosos, siempre inquisitorial;

Una boca palabrera de poco pensamiento  
y acciones borradas: alimentadora de gestas,  
leyendas y mitos, boca de dioses olvidados.

Así, queridos míos, lo sabéis racionalmente:  
aquel sujeto es poco espeso, todo natura,  
y más bien espejeante — como nosotros.

Carlos VÁSQUEZ-ZAWADZKI

*Tiempo de claridad y hermosura: La Flecha*

No queda nada, mas se oye el dulce trino  
que, robusto, crece entre la hojarasca.  
Apenas quedan los muros, mas sigue fresca la alfombra  
que tu huella pisara, breve huella  
que tu mano alcanzara.

Queda el camino claro del Tormes,  
la vida constelada del instante.  
Quedan los recios troncos, los juncos dormidos,  
la vida momentánea de los peces  
salpicando el cauce; la enredadera abrazada  
a lo poco, o a lo mucho, que queda en este tiempo  
de aquel tiempo, no más puro. No más.

No queda nada,  
mas acaso fuese esto, este encierro de pureza,  
la claridad que buscaras. Acaso el tronco dormido,  
la vegetación abundante, el sonido del río...

En este vergel sin frutas ni huerto cultivado;  
en esta ermita sin salmos, en este palomar...  
late la vida.

Yo escucho el murmullo blanco  
de las aves, el agua de la aceña,  
la sostenida oración desde el camino.  
Siento el lejano bostezo de las bestias  
en los establos. Su latido caliente.  
Aún quedan plumas en los corrales  
como un hondo ensueño de quehacer entregado.

La tierra no está labrada  
mas la abeja sigue en su labor  
y cada planta conoce el afán al que se entrega,  
la constante inercia de los astros,  
la música de la noche.

No queda nada  
mas el trino del pájaro que hila el tiempo delicado,  
el tejido asombroso de la luz –entre las altas copas–  
cae aquí sobre nosotros,  
ya ungidos.

Mónica VELASCO

## *El colibrí*

El colibrí batía las alas desesperado por  
equilibrar el aire.  
Diminuto su cuerpo esmeralda  
ignora  
que los gatos no saltan en la escala del viento  
y que su vuelo  
crece  
en la ancestral evolución de los pájaros.  
Todo lo ignora  
tal vez por eso  
vuela  
como un milagro.

María VILALTA

## *Llamada*

Me está llamando el sol, que se está yendo,  
por encima y debajo de este día.  
Me está llamando el sol, que está cayendo  
y como yo no ha muerto todavía.

Y me llama la vida y me construye  
corazón en tormenta pero amigo,  
un pájaro voraz que siempre intuye  
que el astro más lejano está conmigo.

Me está llamando el sol, como me llama  
cada rosa en su aroma quietamente,  
como me llama el muerto que me ama  
desde la fuerza viva de lo ausente.

Me llama en su secreto cada cosa  
como al monje le llama la campana,  
se adentra en mi palabra, que es curiosa  
y se abre a la fe cada mañana.

Me está llamando, sí, me está llamando  
una Voz que me canta en cada nota,  
la que me abre el camino cuando ando,  
la Voz que no se quiebra ni se agota.

Beatriz VILLACAÑAS

# ÍNDICE

|   |    |
|---|----|
| <i>Presentación</i>                           |    |
| Presidente de la Diputación de Salamanca..... | 7  |
| Salutación a Salamanca                        |    |
| José Manuel CABALLERO BONALD.....             | 9  |
| EN TORNO A LA FLECHA                          |    |
| <i>La Flecha</i>                              |    |
| Miguel de UNAMUNO.....                        | 13 |
| <i>La quinta agustiniana de La Flecha</i>     |    |
| Teófilo VIÑAS ROMÁN .....                     | 27 |
| <i>II Congreso de Poesía. Salamanca, 1953</i> |    |
| José Luis PUERTO.....                         | 51 |
| ANTOLOGÍA POÉTICA                             |    |
| <i>El secreto de la serenidad</i>             |    |
| J. A. GONZÁLEZ IGLESIAS.....                  | 67 |
| AGANZO, Carlos.....                           | 71 |
| ATENCIA, María Victoria.....                  | 73 |
| BENÍTEZ REYES, Felipe.....                    | 74 |
| BERNAL, Andrea.....                           | 75 |
| BRINES BAÑÓ, Francisco.....                   | 76 |
| CAMARERO, Celia.....                          | 77 |
| CLARK, Ben.....                               | 78 |
| COLINAS, Antonio.....                         | 79 |
| CORREDOR-MATHEOS, José.....                   | 80 |
| DE CUENCA, Luis Alberto.....                  | 81 |
| DE MANUELES, Julio.....                       | 82 |
| DE SILVA, Carmen.....                         | 84 |
| DÍAZ SAN MIGUEL, Fernando.....                | 85 |
| DÍAZ SANTANA, Elena.....                      | 86 |
| DUQUE AMUSCO, Alejandro.....                  | 87 |
| EL FATHI, Abderahman (Marruecos).....         | 88 |
| EL IDRISI, Mezouar (Marruecos).....           | 90 |

|   |     |
|---|-----|
| ELGUERO, Ignacio.....                     | 91  |
| ESCRIBANO, Asunción .....                 | 92  |
| FERNÁNDEZ BELLOSO, Fermín.....            | 97  |
| FERREIRA CUNQUERO, José Manuel.....       | 100 |
| FRAYLE DELGADO, Luis .....                | 101 |
| GONZÁLEZ IGLESIAS, Juan Antonio .....     | 103 |
| HERNÁNDEZ SEVILLANO, David .....          | 104 |
| HERRERO, Fermín.....                      | 105 |
| IGLESIAS SERNA, Amalia .....              | 106 |
| JANÉS, Clara .....                        | 108 |
| JÚDICE, Nuno (Portugal).....              | 109 |
| JURADO LÓPEZ, Manuel.....                 | 111 |
| LANSEROS, Raquel .....                    | 112 |
| LAW PALACÍN, Christian .....              | 114 |
| LÓPEZ SANDOVAL, David.....                | 115 |
| MARCOS SÁNCHEZ, Mercedes .....            | 116 |
| MARTÍN MERCHÁN, Leonor.....               | 117 |
| MOLINA, César Antonio .....               | 119 |
| MUÑOZ QUIRÓS, José María.....             | 123 |
| PÉREZ LÓPEZ, M. <sup>a</sup> Ángeles..... | 124 |
| PÉREZ OLIVARES, José (Cuba).....          | 125 |
| PORTELA, Antonio.....                     | 127 |
| PUERTO, José Luis.....                    | 128 |
| RAMÍREZ LOZANO, José Antonio.....         | 130 |
| REGALADO, José Manuel .....               | 132 |
| RIPOLL, José Ramón.....                   | 133 |
| RODRÍGUEZ CAÑADA, Basilio .....           | 134 |
| SÁNCHEZ, Basilio .....                    | 136 |
| SÁNCHEZ ROSILLO, Eloy.....                | 137 |
| SÁNCHEZ ZAMARREÑO, Antonio.....           | 138 |
| SANZ, María .....                         | 140 |
| SILES, Jaime .....                        | 141 |
| TORREALBA TORRE, Romina (México).....     | 142 |
| TORRES RECHY, Juan Ángel (México).....    | 145 |
| VALDÉS DUARTE, Luis Enrique (Cuba).....   | 146 |
| VÁSQUEZ ZAWADZKI, Carlos (Colombia).....  | 147 |
| VELASCO, Mónica.....                      | 149 |
| VILALTA, María (Argentina).....           | 151 |
| VILLACAÑAS, Beatriz.....                  | 152 |

LOS PARTICIPANTES EN EL CONGRESO *INTERNACIONAL DE POESÍA FRAY LUIS DE LEÓN* QUIEREN DEDICAR ESTE LIBRO A LA MEMORIA DEL POETA FERMÍN FERNÁNDEZ BELLOSO (1978-2018), FALLECIDO POCOS DÍAS DESPUÉS DE LA CLAUSURA DEL ENCUENTRO.

Hace ahora sesenta y cinco años que se celebró en Salamanca un Congreso de Poesía que supuso ciertamente una tácita y admirable propuesta de libertad creadora. En aquellos años lóbregos de la posguerra, cuando las imposiciones ideológicas y las atrofias culturales desmantelaban la convivencia, un grupo de poetas alzó su voz liberadora frente a tantas opresiones ambientales.

José Manuel Caballero Bonald

Ojalá este encuentro de poetas, que recuerda a otro encuentro de poetas, como el fuego que en la noche se comunicaban los centinelas, sirva para que volvamos a leer la poesía de fray Luis. Ojalá los niños aprendan de memoria algún poema suyo. Ojalá se recupere el sitio de La Flecha, porque no creo que hubiera lugar más ameno en el mundo.

Juan Antonio González Iglesias

I.S.B.N.: 978-84-7797-559-5



Participan:



Ayuntamiento  
de Cabrerizos



UNIVERSIDAD  
DE SALAMANCA  
CAMPUS DE EXCELENCIA INTERNACIONAL



Junta de  
Castilla y León



Diputación  
de Salamanca



Ayuntamiento  
de Salamanca

